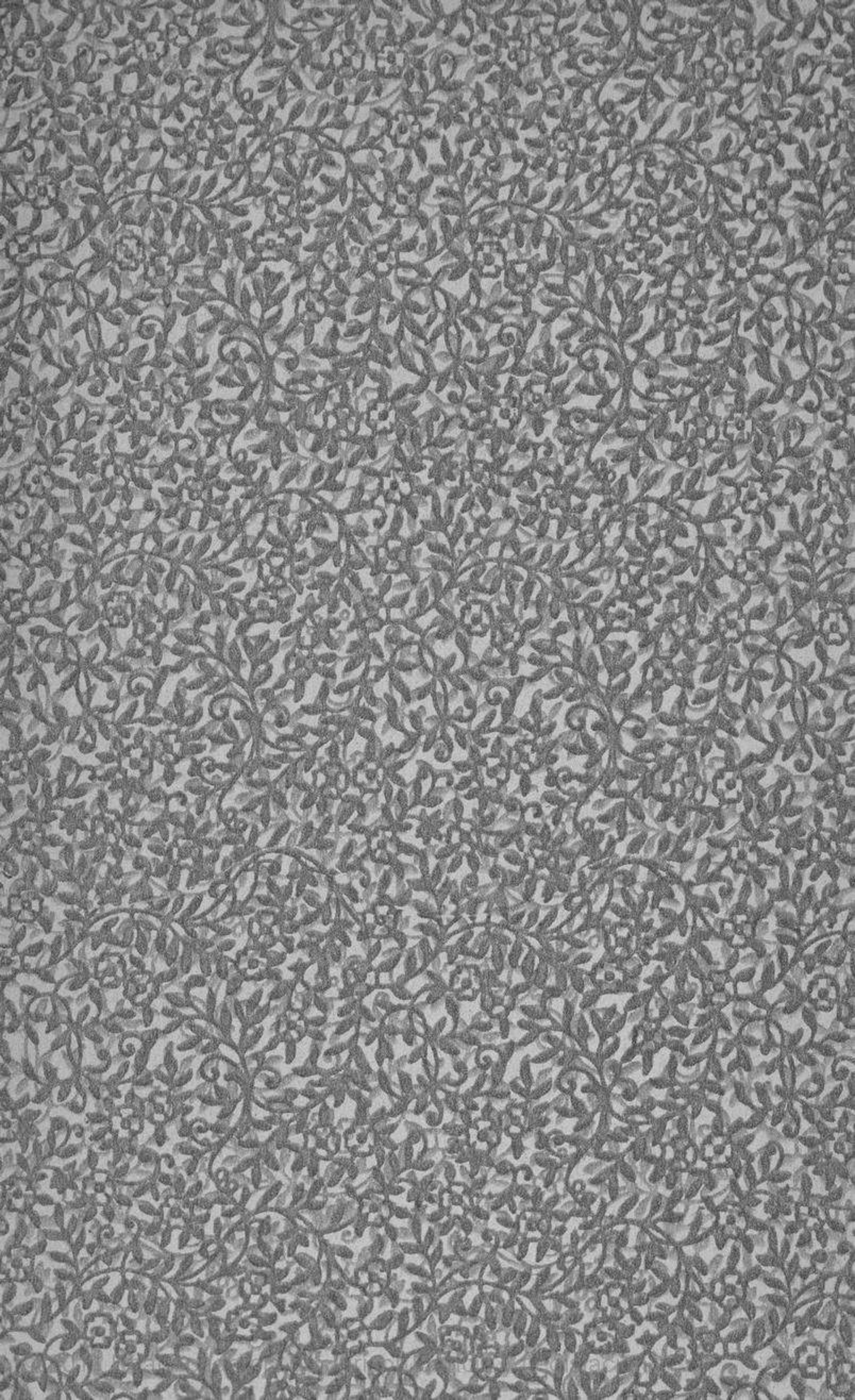


66

1

XIII

D - 2









REAL ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACIÓN

---

CÓMO SE HIZO

# LA REVOLUCIÓN EN PORTUGAL

CONFERENCIAS LEÍDAS POR  
D. FELIX DE LLANOS Y  
TORRIGLIA EN SESIONES PÚBLICAS DE LOS DÍAS 25 Y 28 DE  
MARZO Y 3 DE ABRIL DE 1914

MADRID

IMPRENTA CLÁSICA ESPAÑOLA

Caños, 1 dup.º—Teléf.º 4430.

17  
1914









1/2566

1 ~~XIII~~  
~~D-2~~

REAL ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACIÓN

---

CÓMO SE HIZO

# LA REVOLUCIÓN EN PORTUGAL

CONFERENCIAS LEÍDAS POR  
D. FELIX DE LLANOS Y  
TORRIGLIA EN SESIONES PÚBLICAS DE LOS DÍAS 25 Y 28 DE  
MARZO Y 3 DE ABRIL DE 1914

MADRID

IMPRENTA CLÁSICA ESPAÑOLA

Caños, 1 dup.º—Teléf.º 4430.

1914

CÓMO SE HIZO

LA REVOLUCIÓN EN PORTUGAL

CONFERENCIAS LEIDAS POR  
D. FELIX DE LLANOS Y  
TORRICELLA en sesiones pú-  
blicas de los días 25 y 28 de  
MARZO y 3 de ABRIL DE 1914

MADRID

IMPRESA CLÁSICA ESPAÑOLA

Cañal 1 dup.º—Teléf.º 4130

1914

## A GUISA DE PREAMBULO

Si las obras humanas fueran accesibles al pecado de la vanidad, como lo somos los hombres, estas conferencias, que hoy se imprimen por acuerdo de la Junta de Gobierno de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, se condenarían por presumidas.

Ideadas como artículos de información para un periódico ilustradísimo, pero de circulación circunscrita a determinadas capas sociales, la invitación de algunos amables amigos que decían querer conocer el resultado de mi estudio, me decidió a convertir las crónicas en conferencias y a dar lectura de ellas en recinto, cual el de la Academia, donde sólo por excepción penetra la curiosidad de afuera, sobre todo la de los no profesionales.

Calcúlese mi sorpresa cuando, sin reclamo alguno, veo acudir a aquel salón, dispuestos a

sufrirme, militares, políticos, diplomáticos y, para colmo de mi confusión, señoras. Tentado estuve de suspender o interrumpir la serie anunciada. Nunca pensé ser escuchado sino por mis habituales indulgentes compañeros de aquella casa, de conmigo probada paciencia. Pero la suspensión podría interpretarse desfavorablemente para mi seriedad, y llegué hasta el fin.

Aún no había leído la segunda conferencia cuando oí peticiones de que las imprimiera todas. Suele ser ésta una modalidad bien conocida de la cortesía, y no le dí otro valor. Bien pronto supe, sin embargo, que se recogían firmas para solicitar de la Junta la impresión de mi trabajo, por cuenta de la Academia, iniciativa a cuyo paso salieron varios vocales de aquélla apadrinando el propósito. Aun así me resistí a creer que prevaleciese, no viendo, lo digo con la más absoluta sinceridad, que hubiera en mi labor fundamento para honor tan extraordinario. Sólo la realidad del acuerdo ha venido a convencerme de que es ya inevitable esta mayor exhibición de mis desaciertos.

¿Cómo explicarse que, a pesar de ellos (y seguramente los mismos que acordaron la publicación reconocerán las deficiencias de este boceto histórico) se haya podido fijar tanto en éste, por lo visto, la benevolencia de muchos?

No; no os envanezcáis, afortunadas conferencias mías. Otras cualesquiera que, como vosotras, sin propósitos sectarios, hubieran abordado la materia, habrían alcanzado mayor resonancia. No sois vosotras, no soy yo quienes despertamos interés. Es que ahora resulta que hay en España mucha gente en cuyo espíritu, pasiva, latentemente, anidaba el deseo de conocer pormenores de la Revolución de Portugal. La fuerza del hábito, la inercia que tradicionalmente esteriliza en los espíritus españoles todo impulso de aproximarse, de asomarse a la frontera lusitana para ver lo que pasa más allá, mantenían inactivo ese deseo. Y ha bastado que el último de los escribientes españoles copie trozos de varios libros consagrados al tema, para que la adormecida voluntad de conocerlo se convirtiera, con esta facilidad, en atención notoria.

Siento no corresponder a ella ni siquiera con minuciosa corrección de las cuartillas. Intenté hacerlo, sobre todo por expurgarlas de su tonillo declamatorio. Pero hube de desistir: puesto a enmendar, apenas hubiera dejado mi descontento párrafo intacto. Y entonces no hubieran sido las conferencias que leí las publicadas, lo cual valía tanto como dejar incumplido el acuerdo de la Academia. Para mi vergüenza,

pues, y para mi escarmiento, el lector hallará en el libro las mismas incorrecciones de forma y los mismos dislates en el fondo que pudo escucharme al pie de la tribuna.

Al presentar al público este folleto, sólo me resta, al par que impetro su benignidad, recabar para mí exclusivamente la responsabilidad de todo: desde las enormidades, si las hay, hasta las erratas, que seguramente las habrá. Sabido es que la Academia, al publicar una obra, no se hace solidaria de los juicios, y menos aún de las equivocaciones del autor.

Tengo yo la esperanza de no haberme dejado influir en aquéllos, aun habiéndolos economizado mucho, por pasión alguna; y la certeza de que, si erré, no erré con intención. Esto me tranquiliza al dar a la imprenta mi trabajo. Nadie lo acepte como un fallo, para el cual me faltaría, entre otras cualidades, la autoridad. Véase en él solamente, y a lo sumo, la exposición de un punto de vista en la apreciación de las causas de un hecho histórico, punto de vista sobre el cual queda abierta, y por mí de antemano agradecida, la controversia.

---



## PRIMERA CONFERENCIA

Carácter meramente histórico de estas conferencias.--Censurable desatención recíproca, entre España y Portugal, a los sucesos de la vida nacional de ambos pueblos.—Neurastenia colectiva portuguesa.—Reinado de D. Carlos I.—Juan Franco.—El regicidio.

SEÑORES:

A fin de que no os sintáis luego defraudados ni os quejéis con razón por inadvertidos, quiero desde luego, parodiando a un poeta ilustre, dejar varias hipótesis a un lado. No cuento entre ellas las que sólo vuestra benevolencia podría forjar respecto de supuestas aptitudes del conferenciante, pues tan generosa ficción bien pronto se desvanecería, si existiese, al contacto con la realidad. Pero puede haber otras que me interesa desde luego apartar de mi camino.

Tienen su origen estas conferencias en un proyecto de artículos periodísticos, que amigos afectuosos me invitaron a trocar en pública disertación. Por eso leo, en vez de pronunciarla, esta primera que casi en su totalidad está escrita hace meses. Y ni entonces ni ahora, en el examen del suceso semi-histórico, y desde luego pretérito, de la Revolución de Portugal, puse más intención que la de investigar y exponer, desapasionadamente, su

desenvolvimiento. Soy yo más aficionado a la Historia que a la Política, y nunca además me hubiera permitido profanar esta cátedra serena del Derecho trocándola en catapulta de pasiones de partido.

Claro es que la Maestra de la vida dejaría de serlo si sus relatos no fueran fertilizadora fuente de ejemplos con virtud de enseñanzas; pero esto aparte, no hay en mi trabajo ninguna recatada intención, ni con vistas a España ni con la mira puesta en las relaciones entre ambos pueblos.

Para fundar en los acontecimientos de Portugal, país para mí tan atractivamente simpático y al que sólo deseo inspiraciones venturosas que le conduzcan por sendas de regeneración, pretextos o razones de intervención española, requeriríase más detenido análisis de ventajas, riesgos, justificación y medios de tal empresa.

Para establecer semejanzas y paralelos de la política de aquel país con la del nuestro, la razón exigiría que en ambos organismos sociales hubiera analogías que no pueden darse por averiguadas basándolas en someras y parciales apariencias. Ni nuestro estado de espíritu colectivo se asemeja, hoy por hoy, al aplanamiento morboso a que llegó el de Portugal, ni la bien delineada figura de nuestro augusto y querido Soberano, S. M. el Rey D. Alfonso XIII, se parece en poco ni en mucho a la de ninguno de los últimos monarcas portugueses, ni Franco es Maura, ni, en suma y por dicha, hay entre nuestros hombres públicos pareja apropiada de algunos de los que desfilarán estas tardes ante vosotros.

No. Por algo llamé históricas a estas conferencias. Espero que no diputéis el término por ridículamente jactancioso, pues es bien claro. No aspiro a que ellas pasen a la historia; aspiro, sí, a que sean sólo la Historia y la Verdad las que se filtren a través de mis pala-

bras. La Historia tal como yo la leí en dispersos estudios; la Verdad tal como ella se apareció a mis ojos. Si alguien, cortés, me advierte de que me equivoqué, y me convence, no solamente me holgaré de la advertencia, sino que me apresuraré a buscar ocasión de reparar el yerro. No vine para enseñaros, sino para estimularos a que me enseñéis cuanto patentizaré que ignoro.

Creo no hallaréis contradicción entre cuanto queda dicho y mi convicción, que no vacilo en exponeros, de que, aun descartado todo propósito de presentar frente a frente políticas y de alimentar sueños de expansión, esto es, sin arrimar ascuas portuguesas a sardinas españolas y sin pensar en nuevas *guerras de las naranjas* o en repetir la expedición del general Concha contra *a patuleia* en 1847, debiera ser para nosotros algo más interesante de lo que por las trazas lo es cuanto ocurre y ocurrió en tierras que distan de la Puerta del Sol tanto como Burgos, Córdoba, Alicante o Zaragoza. A 400 kilómetros tenemos la frontera lusitana, que en casi toda su longitud es un ente de razón, y se produce el fenómeno, fenómeno de acústica internacional, de que oigamos y sepamos de lo que por allá pasa menos que de la Revolución que trocó el Celeste Imperio en pajiza República. Iuan-Shi-Kai es más familiar para muchos españoles que D. Manuel de Arriaga.

Verdad es que multitud de causas han cortado, si alguna vez existió, la comunicación espiritual entre los dos pueblos peninsulares. Y como dice Unamuno, en este punto con razón: «En Madrid es más fácil encon-

trar un libro inglés, alemán o italiano, que no portugués; y en Portugal hay Facultad de Medicina en que sirven de texto en histología obras de nuestro Ramón y Cajal, pero... en francés.» Así, cuando yo he querido leer libros escritos por portugueses—de los españoles publicados hasta ahora no suelo fiarme—acerca de su Revolución, he tenido que peregrinar mendicante de librería en librería. *Banditismo político*, de Homen Christo, sólo lo hallé en una, después de preguntar en quince. *Para a historia da Revolução* de Teixeira de Sousa tuve que encargarlo a Lisboa. Los demás que consulté, obras y opúsculos de Leitao, Cabral, Malheiro Dias, Pinheiro Chagas, Machado Santos, Nunes, Abreu, Seabra, Hermano Neves, y alguno más, o se han adquirido a ruego mío por esta Academia o por el Congreso de los Diputados, o los he comprado yo mismo en Portugal.

Sin embargo, recuérdese cuales suelen ser los temas favoritos de disertaciones y chácharas internacionales en España, y convendréis conmigo, por ejemplo, en que las sufragistas inglesas y los Balkanes que tanto preocupan a periodistas, parlamentarios y estrategas de café, están moral y materialmente más lejos de nosotros que los carbonarios portugueses y las trágicas orillas de nuestro tráfuga Tajo. La proximidad de los dos Estados peninsulares, la facilidad de las inteligencias entre elementos políticos de aquí y de allá, algo que resta de similar en la idiosincrasia de ambos pueblos—no en vano arraigados en la misma tierra y cobijados bajo el mismo cielo—el sincronismo con que, no sin interrupciones, claro está, ha solido desarrollarse su vida (durante el siglo XIX, v. g. la guerra de la Independencia, Isabel II y María de la Gloria, rotativa de moderados y progresistas, miguelismo y carlismo, etc.), todo ello debiera contribuir a que gobiernos, prensa y pensadores espa-

ñoles hojearan frecuentemente la lección de la Revolución portuguesa. Bueno es tomar modelo en las proezas de los grandes, pero no es baladí enseñanza la de las desventuras de los míseros; y si el mísero es convecino y consanguíneo nuestro, y puede haber en nuestras venas igual virus y las ventanas de casa abren sobre su patio, es locura considerarse inmunes a los ataques de su mal, sólo con volverle las espaldas.

Y dicho esto, acerquémonos al tema.

No cabe entrar en él de lleno y súbitamente. Son precisas algunas observaciones preliminares y de conjunto.

Rebasaría los límites de mi propósito y de vuestra paciencia, investigación que nos remontase a los múltiples manantiales de donde brotaran, décadas atrás, las aguas que al cabo se mezclaron en el torrencial remolino revolucionario del 5 de Octubre de 1910. Más allá del horizonte visible no ha de pretender penetrar nuestra mirada. Claro es que el mundo sería muy otro de como es, si a Adán y Eva les hubiera repugnado la fruta, si Cleopatra hubiera tenido granos en la nariz, o si Colón hubiera embarcado en un «Titanic» del siglo xv. Pero hay que tomar la vida como nos la dan, y no fuera lícito hacer responsables a Carlos I y a su hijo, ni a los hombres de su tiempo, de culpas añejas y lacras heredadas.

Por eso mismo, no debe dejar de registrarse, para apreciar su influencia en los transcendentales acontecimientos que voy a narrar, cuál venía siendo de tiempos remotos, el espíritu del pueblo portugués.

Raza de navegantes, aislada del resto de Europa por la muralla del Estado español (indiferente durante tres

siglos a las palpitaciones del corazón de su independiente hermano), la gente portuguesa, sentada de frente al mar, sólo tenía para sus sueños, sus aspiraciones y sus consuelos dos refugios a donde tornar los ojos y enfilear la proa: las Indias, África, Asia, donde iba a saciarse el aventurero instinto de aquellos nietos de los grandes descubridores; Inglaterra, y en parte el Brasil, como satisfacción de curiosidades, acicate de ambiciones y plantel de negocios de las clases pudientes. Repatriábanse los primeros, indolentes, fatalistas, trayendo a la Patria decaimientos búdicos y pasividades musulmanas; regresaban los otros, anhelosos de implantar progresos materiales y políticos, desproporcionados con la riqueza natural del país unos, incongruentes los últimos con la educación cívica del pueblo. Unid a estos factores de desintegración social, efecto y causa de ella a un tiempo mismo, la indiferencia religiosa que allí se respira, y de la cual pude yo apreciar síntomas recientemente, el día de la Concepción y el domingo que antecedió a esa fiesta, hallando los templos abiertos sin traba ni limitación alguna para entrar en ellos, hay que decirlo en honor de la verdad, pero vacíos y casi sin culto (lo cual, como comprenderéis, no es la obra de tres años de República, sino de pertinaces y luengos avances de la irreligiosidad que tanto contribuyeron de consuno a esparcir por Portugal entero los ejemplos de la corrupción del clero y las enseñanzas de la famosa escuela de Coimbra), y os explicaréis que en aquella infeliz tierra, inundada por las cenagosas aguas del ateísmo, sólo sobrenade, cual única razón de vivir, el deseo de sacar el mejor partido posible de la vida al día; deseo que, abajo, se concreta en indiferencia respecto de quién ha de gobernar, con tal de que, como a Diógenes, no les quiten el sol; y que arriba, en las más pervertidas clases

directoras, truécase en verdadera bulimia, apetito desordenado de mando y de poder.

No hay escritor portugués de medio siglo acá que no acuse la acentuación de ese mal. Y sus resultados han sido en las más bajas capas sociales el apoltronamiento de los buenos y el encanallamiento de los malos; en las más altas, el ejercicio constante de la deslealtad y el perjurio entre los apegados a la vida; el suicidio, como solución redentora, entre los más débiles o menos corrompidos. El último suspiro de Herculano; *Isto da vontade da morrer!*, que en él no fué sino resignación con su destino, lema viene siendo de gran parte de la intelectualidad portuguesa en todas sus esferas. Y en la alternativa de no gozar o de morir, la muerte redentora alzó más cosechas que el sufrimiento resignado. Se suicidó Soares dos Reis, el escultor de genio; se suicidó Antero de Quental, el poeta; se suicidó Camilo Castello Branco, el novelista y crítico que más se adentró en el alma de su pueblo; se mataron Mousinho d'Albuquerque, la espada de Mozambique, y Trindade Coelho, el jurisperito; y al estallar de la Revolución, con horas de diferencia, se suicida el Almirante Cândido dos Reis, al creer que la República no vence, y de un pistoletazo se abrasa el corazón leal el monárquico oficial de Marina, Federico Pinheiro Chagas, viendo en Valle de Zebro rendida a la República vencedora toda la oficialidad de la Escuela de Torpedos.

El suicidio es allí una endemia. Durante mi último viaje a Portugal suicidóse también un distinguido geógrafo, que por distintos motivos gozó de cierta notoriedad, Carlos de Mello; y al día siguiente, un interesante cronista de *A Lucta*, Magalhaes, escribía: «Le ví poco tiempo antes teniendo *o mesmo ar de todos os dias*. *E' curioso como o suicidio e das cosas que mais facil-*

*mente pasan por nos, hombro con hombro, sem que d'ellas nos apercebamos.»*

Un vaho de fatalismo, de pena, se esparce como una neblina en la atmósfera. Y bajo él, al vaivén de las olas de la vida, un pueblo entero que cuando canta llora *fados*, cuando recuerda se deleita moroso en sus *saudades* y cuando sufre se desbarata en intraducibles *magas*, se deja balancear inerte y abúlico, sin opción en su voluntad entre que lo estrellen contra las rocas o lo abandonen para pasto de los peces. ¡Ah, es que es un pueblo al que se le ha arrebatado la creencia del más allá! Proverbial es ya en Portugal la frase pesimista de una ilustre dama dirigida a un su pariente, ex ministro del Rey D. Manuel: «*¡Ay sobrinho: Deus, ou no existe ou embarcó!*»

¡Pobre Portugal!

¿Cómo pretender que esta neurastenia colectiva no reserve, cabalmente, sus más agudas manifestaciones para aquellas capas sociales con más acción sobre la vida pública?

La indiferencia por la política es tal, o lo era al menos hasta los últimos sacudimientos del ánimo nacional, que incluso quienes tienen atisbos de voluntad de abrazarse a ella y dirigirla, no se sustraen al influjo de la inconsistente y tornadiza masa social. En una *interview* publicada por Leitao en *O Diario dos vencidos*, el teniente Víctor de Sepúlveda, que, al fin, halló puerto en las playas monárquicas, y por arribar a ellas e identificarse con sus más excelsos moradores impúsose honrosísimo destierro, nos cuenta cómo en su mocedad fué revolucionario de los del *ultimatum*; después, nada; luego,



republicano otra vez, y más tarde, en el intervalo de pocas semanas, masón primero y franquista en seguida. Es un ejemplo, pero no una excepción. Y si así proceden quienes sólo pretenden buscar anhelantes y desinteresados el bien de su país, calculad cuál no será desde Valença do Minho a Faro la versatilidad de los vividores de la política y buscadores de sus provechos.

Surge de aquí una lógica consecuencia; la magnificación, para bueno o para malo, de todo el que, sacudiéndose la modorra, destaca su figura sobre fondo de tan confusas tintas, magnificación en la que arraigan tan bien las semillas del *mesianismo*. Y como, por otra parte, el pleonasma y la hipérbole son frutas que se dan por doquiera en el país, y la licencia del lenguaje autoriza el chasquido del insulto y del impropio con una virulencia y un desenfado que le roba la propia fuerza agresiva, quienes se apresten a la labor de desentrañar sucesos portugueses deben empezar por armarse de pantógrafo, puntero y lapicero, y reducir al tamaño natural el valor de los hombres y la grandeza de sus hazañas o de sus entuertos.

Porque no es sólo la cálida pluma de Homen Christo la que adorna nombres y apellidos con una flora ornamental que frecuentemente se asemeja a la injuria. Son todos los escritores, tirios y troyanos, quienes manejan el epíteto, dicterio o encomio, a guisa de explosivo, ora cohete festero, ora bomba mortífera. Y con tanto ruido se aturden los oídos, sin que por ellos penetre el eco de la voz serena.

Alfonso Costa, *Pombal del siglo XX*, según unos; *Robespierre portugués*, según otros; Buiça, *Bruto*; Franco, *redivivo Nerón*; Machado Santos, *héroe da Rotunda*; Paiva Couceiro, *Scipión Lusitano*; ladrón, el uno; bandido, el otro; traidor, aquél; salteador, éste; parrici-

da, tal cual; esteta, el de más allá; usurpador de propiedad literaria, tal escritor de nota; tímido en antigüedades, una reputación literaria consagrada..., todo ello constituye un vocabulario cuya hojarasca hay que ir limpiando para poder pisar en el camino recto.

Yo he procurado aislarme en mis juicios de todas esas invitaciones al yerro, y espero haberlo conseguido en gran parte, no sin algún esfuerzo. Incluso el de dominar la risa cuando, por ejemplo, se lee al *héroe da Rotunda* que, describiendo en *O Intransigente* sus arrojos, y después de decir, por cierto, que él también estuvo a punto de suicidarse creyéndose perdido, exclama con ingenuidad encantadora: «¡Mientras tuviera gente en torno mío había de resistir! ¡Aquello había de ser la repetición del último cuadro de Waterloó!»

Cuando en 1889 subió al trono D. Carlos, la *piolheira* (vuestra pulcritud repugnaría la traducción al castellano), como dicen que él llamaba al mundo político, se hallaba en plena ebullición. Don Luis, si tuvo, en efecto, intento de dominar la indisciplina social y política en que ya se removía Portugal, había concluido por rendirse y derivar hacia el cultivo exclusivo de su bienestar personal, no viendo en torno suyo sino concupiscencias que él procuraba calmar llevando a todos a gozar, como pudiera, de lo que llamaba la *gamela de Ajuda*.

Deshechos sustancialmente los partidos monárquicos, y no muy sólidos en su cohesión tampoco los republicanos, habían tenido éstos, sin embargo, años atrás, un éxito formidable y de resonancia, logrando hacer de las fiestas del Centenario de Camoens una manifestación ruidosa de antimonarquismo, provocada principalmente

por torpezas e inhabilidades de los ministros del Rey. Del recuerdo de aquel éxito vivían principalmente los republicanos cuando el célebre *ultimatum* de Inglaterra, originado por las cuestiones de Africa, a poco de subir al trono el rey D. Carlos, dió nueva ocasión a una de esas floraciones estrepitosas de insultos, que eran y son al otro lado de la frontera, como ya indiqué, la más usual forma de convicción y propaganda.

Almeida quería meter al Rey en una jaula, llamándole a pluma suelta animal, bicharraco inclasificado por Linneo; Sousa, atravesarle el corazón con su espadín de paje inglés; Joao Chagas le proclamaba enemigo de la patria... *et sic de cæteris*. En letras de molde se le llamaba truhán, sobrino de Inglaterra, borracho, y otras lindezas del mismo jaez e idéntico buen gusto. Como remate de tal campaña, y avivados los ardores republicanos por el éxito reciente de la Revolución del Brasil, estalló en 1891 la rebelión de Oporto, reproducción aumentada de otra malograda intentona que diez y ocho años antes se coció al calor de la República española, cuyos prohombres, Benot, Paul y Angulo, Estébanez, Gumersindo de la Rosa y otros auxiliaron por entonces la fundación de *A República*, el primer diario republicano portugués.

Don Carlos, sin embargo, se resistió años y años a entrar por caminos de violencia contra los republicanos, y ni siquiera la insurrección militar de la segunda capital de la Monarquía le decidió a tomar derroteros de tiranía o de poder personal. Y no sería ciertamente porque no se lo aconsejasen desde su advenimiento. Ya antes de fallecer D. Luis, los cuarteados grupos monárquicos habían planteado la necesidad de que el Rey hiciera política personal; y aun, como no se tenía gran confianza en las dotes individuales del Soberano, se in-

sinuó la conveniencia de que abdicase en D. Carlos para que éste ejerciera ese extraordinario poder. Muerto el padre, la proposición se hizo ya, desde un principio, resueltamente al hijo.

Oliveira Martins escribía, dos días después de enterrado D. Luis, que «el desorden político, la anarquía partidaria, el desaliento y disgregación que por todas partes se manifiesta eran ya un mal síntoma desde hace mucho tiempo; pero ahora pueden ser un peligro. Esta pulverización sistemática de todos los elementos políticos, este vago e indefinido sentimiento de tedio y desconsuelo que han invadido a muchos de los que mejores servicios pueden prestar al país, son otros tantos fenómenos graves que importa cuanto antes corregir o evitar.» No veía Oliveira otro peligro en el gobierno personal sino la inexperiencia del nuevo Monarca.

Pero Antonio Ennes escribía desde *O Dia*: «El gobierno personal sería *hoy* una aventura insensata; pero para que no sea *una necesidad*, es indispensable que haya partidos, que esos partidos se deban a ellos mismos el poder y que se sustituyan unos a otros, según normas e indicaciones ajenas al arbitrio del Monarca; es indispensable, en suma, que haya condiciones y elementos del Gobierno constitucional.» Y Emigdio Navarro, en *As Novidades*, añadía: «En cualquier hipótesis, el Rey debe ser una fuerza. Si hay una sólida organización en los partidos políticos, la fuerza del Rey debe apoyarse en la de los partidos, que son la representación directa de la vida y de la voluntad del país, con sus alternativas y cambiantes. Pero si la organización de los partidos se enflaquece, si su acción se desvirtúa... la fuerza del Rey tiene que suplir esa fuerza que no existe.» Pues lo mismo todos. Hasta el periódico de Alpoim, *O Reporter*, que en una carta aconsejaba a S. M. que

se emancipase del Parlamento, porque *o parlamentarismo, Senhor, teve o seu tempo.*

De tal modo saludó Portugal el advenimiento del rey D. Carlos. Joven éste, a la sazón de 26 años, tuvo, sin embargo, bastante dominio sobre su espíritu para no dejarse rendir a tan seductor halago. Juró la Constitución y—hasta sus mismos adversarios lo reconocen—en esta primera época procuró cumplirla. Rey sin partidos, quiso rehacerlos. General sin capitanes, intentó formarlos. En su propósito de renovar el gastado y desprestigiado personal político, atrajo a sí con el aliciente del Poder—el más fuerte en un medio corrompido—a hombres que, por afán de notoriedad o por *pose*, más que por convencimiento, se hallaban fuera del campo dinástico. Todo inútil; las fierecillas se acercaban al festín, se lo comían, y cuando se acababa, alejábanse rugiendo.

Mas, aun luchando con todas estas dificultades, don Carlos no vaciló; de aquel dilema de Navarra «o el Rey se apoya en una sólida organización de los partidos, o suple con su fuerza personal esa fuerza que no existe», el Monarca portugués se abrazó resueltamente a la primera solución, consagrándose con preferencia a consolidar los dos partidos políticos existentes; el regenerador, que después de Serpa Pimentel dirigió hasta su muerte Hintze Ribeiro, y el progresista, cuyo jefe durante un cuarto de siglo, Luciano de Castro, acaba de fallecer.

Un solo intento de ministerio extrapartidario realizó en su primera época D. Carlos; el Ministerio de Defensa Nacional o de Salvación Pública, gabinete de notables que, a raíz del *ultimatum* se constituyó bajo la presidencia de Dias Ferreira, en el cual entraron desde el Obispo de Bethsaida, que, aunque liberal, no era naturalmente un jacobino, hasta el socialista de Estado Oli-

veira Martins. Fué aquél un período de experimentación, durante el cual, el Rey, deseoso de incorporar a la política hombres nuevos, se puso al habla con la *elite* de la intelectualidad portuguesa. Sin embargo, el gabinete de notables se hundió ante el vacío que en torno suyo hicieron las organizaciones políticas, y a consecuencia también de su falta de cohesión. Entonces el Monarca llamó al partido regenerador que constituyó un ministerio Hintze Ribeiro, del cual, por cierto, formaron parte Juan Franco, Fuschini y Bernardino Machado, estos dos últimos por indicación personal del Rey.

Con ocasión de la formación de ese gabinete, tuvo D. Carlos una conversación con Fuschini, verdaderamente interesante. Era éste resuelto adversario de lo que en Portugal se llama rotativismo, y en España llamamos turno pacífico de los partidos. Poco tiempo antes había clamado él en el Parlamento, y volvió a clamar en la Cámara regia contra las viejas organizaciones constitucionales, proclamando la necesidad de crear nuevas fuerzas políticas, y afirmando también que nadie podría ya salvar el país, el orden y las instituciones más que el propio Rey. Ante éste, persistiendo en su idea, insistió:

—Monarquía democrática, un jefe popular hereditario, gobiernos de fuerza tolerantes y liberales, principios definidos en política, absoluta moralidad en la administración...

—Ya quise hacer eso—interrumpió vivamente el Rey—y no me dejaron.

—Es necesario insistir, Señor—replicó Fuschini.

El Rey meditó unos instantes, y después exclamó:

—Bien, sí; pero ¿y los hombres?

—No los conozco...

El Rey sonrió, alzó los hombros, y exclamó, sencillamente:

—¡Ah!

Formado, pues, el Ministerio Hintze, el rotativismo entró de lleno en funciones con la misma isocronía, la misma regularidad que en tiempo de D. Luis. El Rey, desesperanzado del éxito de su acción personal, lo encomendó todo desde entonces a la absoluta omisión de su intervención. Y para que se vea hasta qué extremo llevó su propósito de entenderse solamente con los jefes de los partidos, leeré un párrafo de unas declaraciones recogidas por D. Luis Morote en labios de Alpoim, que había sido dos veces ministro de la Corona.

«El Rey se deja sugestionar por el Presidente del Consejo de turno, identificándose con su persona, guardándole perfecta lealtad. Cuando manda Hintze Ribeiro, es regenerador... Cuando manda Luciano de Castro, es liberal... No se puede pedir mejor práctica del sistema constitucional, si la Constitución realmente se practicase.

»El rey es afable y cordial en un grado excesivo; tanto lo es, que tutea a todo el mundo. En una ocasión, siendo Presidente del Consejo de Ministros José Luciano de Castro, estaba éste despachando con el Rey y exponiéndole no sé qué graves negocios de Estado. El Rey interrumpió a su primer ministro, y llamando a un criado, le dijo:

—José, tráeme un bock.

Y luego, sin transición, dirigiéndose a Luciano de Castro:

—José, continúa.

»El Rey se entiende únicamente con el Presidente del Consejo, y el resto del gobierno es, por regla general,

un instrumento decorativo. Yo conozco más de un ministro, claro es que no soy yo, que jamás habló con don Carlos de Braganza. Sólo al llegar el turno de despacho, el Monarca le indicaba que podía adelantarse para someterle a la firma decretos o leyes.»

Aunque haya exageración en la pintura, el pintor que la trazó sentó en ella, quizá sin quererlo, esta afirmación, que honra a D. Carlos: el Rey de Portugal, durante muchos años, no se mezcló, no influyó en la vida interior de los partidos. De 1893 a 1897 gobernaron los regeneradores con Hintze Ribeiro. De 1897 a 1901, Luciano de Castro, al frente de los progresistas. De 1901 a 1904, volvieron los regeneradores. De 1904 a 1906, los progresistas. Y en 1906 llamó de nuevo a Hintze Ribeiro que sólo gobernó cincuenta y ocho días. Aquí acabó el rotativismo; pero, durante su imperio—tenía razón Alpoim—D. Carlos procedió del modo más impersonal posible, y jamás negó a sus ministros los medios de gobernar. Cuando quisieron vivir sin Cortes, no hubo Cortes (un año entero, el 1895, no las hubo); cuando quisieron reformar por decretos, incluso la ley electoral, la reformaron; cuando a un gobierno no le parecían cómodas las Cámaras, las disolvía. Tres Parlamentos disolvió Hintze Ribeiro durante su segunda época de mando.

Mientras tanto, la propaganda republicana crecía, la situación financiera se agravaba, el país se empobrecía y la inmoralidad política y administrativa iba en aumento, en progresión aritmética, que la crítica opositora y el pesimismo del país convertía en geométrica. Añadid a esto que, al modo como cada convento y cada cuartel tiene sus pobres, uno y otro partido rotativo tenían sus republicanos amigos, con los cuales se entendía en la oposición y a los que procuraba acallar desde el poder



utilizando los medios que este tiene siempre a su alcance; y os iréis dando cuenta de cómo poco a poco se iban debilitando los resortes de la Monarquía, por culpa principalmente de los partidos monárquicos.

Y si aún hubiérase logrado que éstos se consolidasen, buenos o malos habrían podido ser sostenes del Trono. Pero lejos de esto, las ambiciones, rivalidades, honradas discrepancias de criterio los minaban cristalizando en disidencias, y a causa de ellas, D. Carlos de Braganza, que durante muchos años sólo tuvo que contar con dos partidos, se encontró con cuatro; regeneradores ortodoxos, que seguían bajo la dirección de Hintze Ribeiro; regeneradores liberales que capitaneaba Juan Franco; progresistas al mando de Luciano de Castro, y progresistas disidentes bajo la jefatura de José Alpoim. Y para *facilitar* su misión al Rey, el cual, a pesar de esa profusión de partidos, seguía opinando con razón que Portugal era una *Monarquía sin monárquicos*, ni siquiera era regla general que se entendieran entre sí los viejos partidos, de un lado, y del otro los nuevos. Cada agrupación monárquica no tenía otro objetivo sino aniquilar a un tiempo mismo a sus afines y a sus rivales, a sus adversarios tradicionales y a sus cuasi congéneres.

En esta situación, llegó Portugal al año 1906. Aprovechándose de las muy propicias circunstancias, y utilizando en beneficio propio todas las acusaciones de inmoralidad y de desastrosa administración que mutuamente se lanzaban, no siempre sin motivo, los monárquicos—que fueron además los primeros en remover públicamente la cuestión escurridiza de los *adeantamentos*,—el partido republicano, a cuyo frente, no fuera imparcial negarlo, marchaban hombres de gran cultura y no menores ambiciones, tenía soliviantado el país, minados los institutos armados, en jaque a la Corona. Cayó del poder, en-

vuelto en la llamada cuestión de los tabacos, el partido progresista, y formó gobierno en 20 de Marzo Hintze Ribeiro, que empezó por ponerse al habla con el disidente progresista Alpoim. ¡No fué preciso más para que el recién caído Luciano de Castro se aprestase a dar su apoyo al disidente regenerador Juan Franco! Y como el gobierno de Hintze empezó ciertamente con mala sombra, teniendo un día que sufrir una ovación a Alfonso Costa en presencia de la propia Reina, que sofocar otro una insurrección de la marinería de los cruceros *Don Carlos* y *Vasco de Gama*, y reprimir más tarde violentamente en el Rocío una manifestación republicana en honor de Bernardino Machado; y como, por otra parte, ya unidos Franco y Castro en una inteligencia que se llamó coligación o concentración liberal, los regeneradores de Hintze no podían gobernar con un Parlamento cuyas elecciones presidieron pero que había preparado Castro, el gabinete recién instaurado solicitó del Rey el *adiamento*, el aplazamiento de la reunión de las Cámaras, y no habiéndolo logrado—porque D. Carlos, según decía en carta al Presidente, no estimaba conveniente tal medida que aumentaría el número de los descontentos *por motivos e erros que de longe veem*, y repugnaba toda situación violenta, pues creía que esta nunca procedía *quando haja outros meios a empregar e esses, creio-o, ainda os ha*—a los cincuenta y ocho días de gobierno caía del Poder definitivamente Hintze Ribeiro que había de fallecer de una angina de pecho, meses más tarde.

En su sustitución fué encargado de formar ministerio, por primera vez, Juan Franco. El advenimiento del fun-

dador del partido regenerador liberal fué saludado con simpatía por las izquierdas; no en vano subía al poder apoyado por los progresistas, vengándose así Luciano Castro, ¡a un tiempo mismo, de Hintze Ribeiro el jefe conservador y de Alpoim el liberal disidente. Con satisfacción por la Corte; su frase de que *iba a cazar en el terreno mismo de los republicanos*, promesa evidente de que se proponía disputar a éstos el dominio de las masas implantando reformas políticas y sociales que aquéllos enarbolaban como su bandera, le presentaba como un dique contra la revolución. Con benévola expectación por el país entero; su integridad, su entereza de carácter, su positivo desinterés le grangeaban respeto y consideración unánimes.

Sin embargo, dos sectores importantes de la opinión permanecían, el uno, receloso; el otro, taimadamente apercebido para devorarlo: las extremas derechas y las izquierdas revolucionarias. Las extremas blancas veían en Franco al aliado de los progresistas, al anunciador de novedades radicales y contemporalizadoras (entre ellas, la derogación de la ley contra los anarquistas), al hombre que para diferenciar su partido del antiguo partido regenerador le había añadido, a modo de nuevo cuartel de su escudo, el apelativo *liberal*. ¡Como si los mote tuviera alguna trascendencia en la política! A título de regenerador *liberal* había de implantar Franco poco después la dictadura; y ¡oh, desengaño para la Corte portuguesa si por acaso creyó que hablar de libertades era suficiente conjuro para desarmar a las izquierdas!; un ministerio regenerador liberal trajo el regicidio, y otro ministerio que pidió el poder con un programa regenerador liberal traería dos años después la Revolución. El otro sector extremo, el de las extremas rojas, escribía en uno de sus periódicos estas frases: «Usaremos de la

libertad hasta imposibilitar la obra del Gobierno. Mientras más libertad nos den, más pediremos. Hemos de llevarles a las violencias que comprometen, o a las transacciones que humillan.»

Franco no podía gobernar con las Cortes de Hintze Ribeiro, y las disolvió yendo de acuerdo en todo con los progresistas. Las elecciones nuevas fueron muy movidas; durante su preparación, el propio Presidente acudió a *meetings* queriendo según él proceder *a la inglesa*, corrección británica a la que correspondieron los republicanos de Alcántara apedreándole *a la lusitana*. Pero no fué este el disgusto más grave para Franco; más le impresionaría el resultado de la elección. De 150 diputados que componían la Cámara sólo 70 le eran adictos. Para gobernar, pues, tenía que contar con los 43 progresistas. Estaba, por consiguiente, a merced y bajo la férula de Luciano de Castro. Y para mayor dificultad; por vez primera Lisboa había elegido cuatro republicanos; Alfonso Costa, Braga, Almeida y Meneses.

No hay para qué decir que Parlamento tal nacía condenado a la esterilidad. A pesar de las rectas intenciones de Franco, que lo tuvo abierto seis meses y le sometió varias leyes, el antiguo convento de San Bento no era la residencia de un cuerpo legislativo sino el albergue de un *club* donde cobraban el barato disidentes y republicanos, ya desde entonces, y cada vez más, en la más íntima armonía. Sólo una ley importante, creo, salió adelante, y para eso ¡oh, paradoja! tuvo que contar con los votos de los progresistas; la que ponía coto a los desmanes, verdaderamente insoportables, de la Prensa. Pero aun esto fué otra desdicha para Franco. La vista de cada proceso periodístico era un *meeting* revolucionario. Y como si no tuviera bastante con concitar así contra él las pasiones de la izquierda, su mala ventura

quiso que tuviera necesidad de proceder un día contra periódicos de tan distinto público como *La Moda Ilustrada* y el *Nuevo Mensajero del Corazón de Jesús*.

A todo esto había vuelto al palenque la cuestión de los *adeantamentos*, indiscutible irregularidad de los gobiernos de la Monarquía, aunque desfigurada por los revolucionarios, en cantidad y calidad, hasta concederle proporciones desmesuradas. Sin negar yo que cuando esos *adeantamentos* se dedicaban a obras supérfluas como las de la Torre de Ontao y a otros fines (alguno de los cuales se relacionó no sé si calumniosamente con devaneos amorosos del Monarca) merezcan toda reprobación, la verdad, hoy casi restablecida por completo, afirma que en su mayor parte los anticipos a la Corona—que no eran en realidad tales anticipos, sino suplementos ilegales y subrepticios de una dotación insuficiente—estuvieron plenamente justificados por gastos de representación y señaladamente por los que ocasionaron las visitas cruzadas entre los Soberanos de Portugal y los de Alemania, Inglaterra y España. No puede, imparcialmente, defenderse que un Soberano de principios del siglo xx, lleve dignamente su rango con los mismos 365 contos de reis (2.000.000 escasos de pesetas) que para la lista civil se asignaron en 1821 y en ocasión por cierto en que el Tesoro portugués estaba esquilado por las guerras.

Y no se diga que la Corte de los últimos Braganzas vivía en un fausto desusado. Mis ojos han visto la alcoba del Rey D. Manuel, en Cintra, tal como él la dejó la víspera de la Revolución. Yo os aseguro que cuanto hay de valor artístico e intrínseco en aquel Palacio es de las viejas épocas, bonancibles y prósperas, de la Monarquía. El lecho sencillo y el mobiliario todo de la alcoba del último Rey no disonarían por lujosos en la morada de un madrileño de la clase media. Y entre los trebejos de to-

cador hay jarros y cubos de zinc con baño de porcelana tan desquebrajados y maltrechos que no adivino como los exhiben los guardianes republicanos si quieren demostrar al turismo curioso que los antiguos moradores del Castillo da Pena nadaban en una opulencia insultante.

De todos modos, es innegable que el sistema abusivo de los *adeantamentos* no podía continuar. Pero mientras Franco tomó la decisión noble y recta de confesar ante la faz del país, en nombre del Rey, la irregularidad, y de proponer una liquidación general, y anunciar la ineludible necesidad del aumento de la lista civil, los revolucionarios, que por voz de su caudillo habían de calificar de *roubos* los *adeantamentos*, utilizaron la confesión de Monarca para exigirle la penitencia negándole, a la vez, la absolución.

La vida parlamentaria se hizo imposible. Uno de esos sucesos universitarios que tanta repercusión tienen en la política, vino a complicarla más todavía. Y entonces Franco, sin mayoría, teniendo que vivir de una mayoría prestada, se dirigió a Luciano de Castro ofreciéndole carteras para tres amigos. Castro regateó. No hubo avenencia, y se planteó la cuestión de confianza. D. Carlos no vaciló; tenía fe en Franco. «Franco, dijo él a un redactor de *Le Temps* en *interview* famosa, era el hombre que yo buscaba. Lo presenté desde mucho tiempo atrás. Al llegar el momento oportuno, le llamé. Su fuerza está en que tiene fe en sí mismo; en su estrella y a la hora de crisis esa confianza es de una virtualidad insustituible. El y yo estamos de acuerdo. Trabajamos en común.» Franco refiere que el Rey le recordó, negándose a admitirle la dimisión, una anécdota bien conocida de Federico el Grande; aquella que nos pinta al Rey de Prusia disuadiendo a un granadero de su propósito de de-

sertar: «Espera a la batalla de mañana. Si la perdemos, desertaremos los dos.» Y que añadió D. Carlos: «Tú tienes programa, proyectos útiles; tú eres el único que puede plantear la dictadura; sigue, porque ese es tu deber.» «Y seguí—dice Franco—y publiqué el decreto de 10 de Mayo de 1907, que era la administración en dictadura.» ..... ¡Al cabo de dieciocho años sazónábase el fruto de aquellas invitaciones al poder personal que saludaron a Carlos I cuando ponía el pie en las gradas del Trono!

Cuanto hay en Portugal de sensato y patriota experimentó en los primeros momentos de la dictadura, como enfermo que advierte su convalecencia, alivio y esperanza. Algo de la fe que tenía el Rey en Franco, la tenía su país. Era el hombre nuevo, libre de la contaminación con los tradicionales partidos, de cuyos antiguos contactos abominaba; sincero amante de las esencias portuguesas; voluntad resuelta y firme. El mesianismo del pueblo abúlico por excelencia encarnaba en él sus sueños de redención... Pero ¡oh dolor! la dictadura franquista, que ocho meses después moriría en O Terreiro de Paço, será condenada en la Historia, no por tiránica que no lo fué sino por infecunda. Dictador que no actúa, dictador que se hunde. Y Franco durante su dictadura no hizo otra cosa sino eso; no actuar; limitarse a administrar bien en lo menudo y cotidiano; enderezar principalmente su acción a limpiar un tanto los establos de Augias de una administración legendariamente corrompida; preparar medidas para luego; y promulgar dos o tres decretos-leyes sin trascendencia, a excepción de alguno de que a seguida hablaré ligado íntimamente con los sucesos trascendentales precursores del regicidio.

¿A qué obedeció esa pasividad infecunda? Sin duda a que la empresa para la que le convidaba su voluntad era

superior a los medios de que disponía. Como observa muy bien un emigrado de Biarritz, citado por Malheiro Dias, «el error de Franco—y de ahí su derrota—fué querer resolver a un mismo tiempo dos tareas que aparentemente se relacionaban entre sí, pero que no se debían tratar simultáneamente; la lucha contra la idea republicana y la purificación de los partidos monárquicos. Su obsesión de moralista no le permitía ver la conveniencia de no gastar los partidos monárquicos para dar el combate a los republicanos, dejando para después el ataque al rotativismo y la restauración, sobre nuevas bases, de la política partidaria.» Franco quiso llevarlo todo en peso, exclusivamente sobre sí; y esto, un hombre con un girón de partido, sin prensa, sin opinión que resueltamente le apoyase. No era opinión la expectación benévola de una masa inerte. Y para colmo de yerro, la única fuerza que le quedaba, el Rey—el Rey que según confesión de un escritor republicano no fué odiado hasta entonces y al que le bastaba cualquier alarde populachero para obtener ovaciones clamorosas cual la de un día en la Plaza de Toros de Campo Pequeno—aún esa fuerza incurriría Franco en la torpeza de debilitarla, de aniquilarla casi, elevando por decreto la lista civil y dando por liquidados al propio tiempo los funestos anticipos. ¡Era el Rey usando de la dictadura en provecho propio! ¿Qué más querían los republicanos para alimentar en las clases populares el ansia de la Revolución; para debilitar, entre las gentes de orden, el amor a un régimen que cuando asumía en sí todos los poderes, lo primero para lo que utilizaba el sello real de la dictadura era para cancelar sus deudas y aumentarse la dotación?



Al compás de tanto desacierto, la masonería, próxima pariente de la *Carbonaria*—a la que, en la conferencia próxima, consagraré más atención—, continuaba incesante su obra de zapa revolucionaria, la misma que en el Brasil, la misma que en China, la misma que en todas partes donde la carcoma roe los peldaños de un trono. Dos meses antes de la tragedia del 1.º de Febrero, la logia masónica «Cosmos» celebraba una tenida, cuyo orden del día era: Portugal; decadencia de la monarquía; necesidad del régimen republicano; advenimiento de la república. En aquella sesión, por cierto, según se afirma, quedó afiliado a dicha logia un afamado publicista portugués, representante hoy de su patria en el extranjero. Y no es caprichoso suponer que bastantes revolucionarios significados, o lo estaban ya, o se afiliaron por entonces a las 270 logias esparcidas por el territorio portugués.

Fué de una de ellas «La Joven Portugal», fundada por Luz d'Almeida, de donde parece que irradió el movimiento revolucionario de 28 de Enero de 1908; pero la organización secreta era tan perfecta, la red tan invisible, tan impalpable, y al propio tiempo tan extensa, que la policía, aun advertida por multitud de confidencias y aun ilustrada por revelaciones aisladas de lo que se tramaba, no lograba dar sino palos de ciego. Era admirable el tacto de codos de los comprometidos en la conjuración: el descubrimiento de uno no revelaba el secreto de otro, debiéndose esto, en gran medida, a una innegable solidaridad en el propósito; en mayor proporción aún, al hábil sistema, tomado de la masonería, merced al cual los mismos conspiradores no se conocían entre sí. Había, como dice un escritor, entre unos y otros grupos revolucionarios, compartimientos estancos «para impedir que, invadido uno de ellos por la onda

de la traición, los demás naufragasen en el mismo pié-lago».

Ni siquiera los estallidos de las bombas, que de vez en cuando explotaban por culpa de sus inexpertos fabricantes y manipuladores, esparcidos por todos los ámbitos de Lisboa, y entre los cuales los había hasta de clases sociales ilustradas, servían para orientar a la policía. Al estampido de la explosión acudía ella presurosa, y si no encontraba muertos a los autores o causantes involuntarios, los hallaba mudos. Metía en prisión a los supuestos cómplices, y... poco después, otra explosión demostraba que la redada había sido, cuando menos, incompleta. Gobierno, policía, el pueblo todo, quedó envuelto en espesa malla de suspicacias y recelos; por todas partes se percibía el terror a la bomba. La jerga política portuguesa ha denominado a esas falsas alarmas deprimentes, que unas veces fomentan los revolucionarios y otras son recurso de los gobiernos, con un calificativo sintético: las llama una *pavorosa*. Y en verdad que el calificativo es un acierto, porque en Portugal, quien quiere imponerse esgrime, más que la fuerza, la amenaza; acobarda en vez de acometer, y es que cuenta con que reducida la pasión a un mínimo tanto por ciento, no más, de los ciudadanos, para trocar en quietud tolerante la curiosa indiferencia del resto, basta con que el pavor les refuerce el egoísmo, recluyéndolos y apartándolos de toda acción. Así se explica que sea siempre una minoría la que, desde el poder o desde la calle, se adueñe de los destinos de la totalidad.

El Gobierno tenía, pues, conciencia de que se tramaba un movimiento revolucionario; pero ignoraba fecha, alcance, extensión. A tientas iba apoderándose de algunos sospechosos, y así aprehendió a Antonio Almeida, a Juan Chagas, a otros varios; pero la labor subterránea,

ni salía a flor de tierra ni se paralizaba. ¿Cuál era su finalidad? Ninguna ola sabe adónde la empuja el viento ni dónde la deshará, en rugiente espuma, el mar de fondo. La dictadura de Juan Franco era el punto de convergencia de todos los fuegos; contra él fueron las masas populares en ruidosa algarada, sangrientamente reprimida en la estación del Rocio; de inutilizarle se trataba, unánimemente, por cuantos conspiraban. Prenderle... matarle... apoderarse del Rey... obligar a éste a la abdicación... procesarle... suprimirle... eran ya la escala ascendente de probabilidades y de contingencias, a cuyos últimos peldaños nadie deseaba subir quizás; pero sin que por eso se retrocediese ante la posibilidad de tener que pisarlos. Y en esta conspiración entraban también factores de todo género; desde sindicalistas y ácratas hasta algún ex ministro del Rey. Perseguían los unos la anarquía; los otros la República; los otros tal vez... sustituir a Franco en la confianza de S. M.

Y así se llegó al 28 de Enero de 1908, fecha marcada para la Revolución. El Rey estaba en Villaviciosa; la ocasión parecía pintiparada, pues podía llegarse a la República en ausencia del Monarca, y no había necesidad de desterrarle. Los revolucionarios limitaban sus anhelos captadores a aprisionar a Franco. Alfonso Costa, Alpoim, el Vizconde de Ribeira Brava, Egas Monís y otros llevaban la dirección del movimiento, que había de recibir el primer impulso en el ascensor de la Biblioteca (Lisboa es una ciudad por pisos; de uno a otro se sube por medio de ascensores); pero la policía tuvo felizmente un soplo; los conjurados tuvieron soplo del soplo, y ¡adiós *pavorosa!*; el pavor hizo huir a los mismos que se disponían a extenderlo por Lisboa. Fueron presos Costa, Monís, Ribeira Brava; Alpoim corrió a refugiarse a casa de Teixeira de Sousa, que le facilitó la

fuga... y la ciudad que estaba predestinada a amanecer republicana sin pretenderlo, durmió tranquila, no se enteró de nada, y amaneció, no sé si republicana o monárquica, pero en la más absoluta normalidad.

El Gobierno respiró a sus anchas. En efecto, por el momento al menos, había dominado la Revolución; tan vencida estaba, que ni siquiera el asesinato del Rey produjo el advenimiento de la República. Si el regicidio no hubiera seguido tan de cerca al fracaso de la intentona (a mi juicio, como una derivación de ésta y no como consecuencia del *decreto asesino*, según se llamó al que Franco obtuvo del Rey para aplicar medidas severas a los comprometidos en el movimiento abortado), ¡quién sabe cuál sería a estas horas la suerte de Portugal! Pero hubo dos hombres—sólo sobre ellos dos han querido concentrar la responsabilidad del regicidio, incluso los que lo reputan título de gloria—que no se avinieron a darse por vencidos el 28 de Enero; dos hombres oscuros, en los cuales no se fijó la policía creyendo que la cabeza de los jefes revolucionarios era suficiente rehen para coartar cualquier iniciativa peligrosa; y la pistola del uno y la carabina del otro desgarraban cuatro días después la historla del país vecino, llevándolo, no a un cambio en la forma de gobierno sino a algo peor, a la lenta putrefacción de un régimen muerto pero insepulto, según veremos en la conferencia próxima.

Para terminar ésta os leeré el relato de un interesantísimo testigo presencial de la tragedia que anegó en sangre la monarquía de Carlos I. Sabed, por lo pronto, que el testigo era un antiguo ministro suyo, a la sazón de entonces administrador general de las Aduanas.

«Era el día 1.º de Febrero. El vapor que conducía al Rey D. Carlos, a la Reina Doña Amelia y al Príncipe Real debía atracar al puente de la estación del Sur y Sudeste

a las cuatro y media de la tarde. Yo me encontraba en mi gabinete de la Administración general de Aduanas, que está en medio de la manzana occidental del Terreiro do Paço. En la calle que corre en frente de los Ministerios de Obras públicas, Hacienda y Guerra se veía algún pueblo, pero poco, marginando la calle. Policía no había. Yo estaba con diversos amigos míos... Cambiábamos impresiones sobre lo que podría acontecer, considerando como de mal agüero el silencio que había en la plaza, que parecía tener algo de siniestro. Recuerdo haber llamado la atención de mis amigos hacia dos individuos que, alejados de la calle, conversaban junto a un árbol. Si en Lisboa hubiera anarquistas se creería que ellos lo eran. Tal era su aspecto y el aire de preocupación que mostraban. Pero ¿alguno de nosotros pensó que podría haber regicidio o ataque personal al Rey? No.»

«El vapor llegó con una hora de retraso... Tenía yo que salir para *As Novidades*, pero los amigos que me acompañaban instáronme a que me quedase por querer asistir al paso de la familia real. Esperé. *O Rei* D. Carlos (es curioso que este ex ministro de la Corona llama a D. Carlos *o rei* y no *El-Rei*, como los cánones dinásticos portugueses estatuyen), la Reina, el Príncipe y el Infante D. Manuel venían todos en un landó abierto. El Rey pasó en frente del gabinete que yo ocupaba. Yo y José Caballero notamos que iba *muito preocupado e cumprimentando con exagero*.»

«Luego que pasó, me retiré del balcón, yendo a coger el sombrero para salir. Oí en ese momento un tiro. Exclamé: Ahí ha ocurrido algo grave! Corrí al balcón y vi al pueblo corriendo en todas direcciones; el carruaje real doblaba casi la esquina de la calle del Arsenal; la Reina Doña Amelia, de pie, agitando un ramo de flores contra

un hombre sin sombrero... que, agarrado al carruaje, disparó dos tiros que supuse de revólver. El coche siguió. Cuando ya dió la vuelta, de uno de los arcos salió un hombre alto, el cual, haciendo un movimiento de cabeza para arrojar un sombrero blando que llevaba, simultáneamente apuntó una carabina, de cañón brillante, que disparó sobre el carruaje real... Poco después pasó a toda velocidad el infante D. Alfonso en automóvil... luego, un carruaje de servicio... después, Juan Franco, a pie, y con los empleados de Palacio quedó enterándose de lo que había pasado. *Todos, según la información que me llevaron al gabinete, entraron en seguida por la puerta que da para el Ministerio de Marina, y por ella fueron al Arsenal de la Marina, donde entró el carruaje con el Rey muerto y el Príncipe moribundo. Yo tuve entonces gran dificultad para salir. El Ministro de Hacienda había mandado cerrar las puertas del Ministerio. El portero del arco que correspondía a mi gabinete, con gran dificultad me abrió... tomé un carruaje de plaza y partí para mi casa, ignorando enteramente que el carruaje real hubiese entrado en el Arsenal.»*

«A las nueve y media de la noche (¡cuatro horas después!) fuí al Palacio de las Necesidades. Estaba casi desierto.»

¿Sabéis cómo se llama ese envidiablemente flemático espectador de un asesinato; ese imperturbable funcionario público que presencia un doble atentado a las cinco y media de la tarde; que sabe que las víctimas son un joven Príncipe inocente y un Rey de quien fué Ministro, y que, tranquilamente, se va a comer a su casa y no parece por Palacio, según confesión propia, hasta las nueve y media de la noche? ¿Sabéis quién era? Pues era aquel diligente amigo de Alpoim, a quien dos días antes albergaba y facilitaba la fuga con solicitud tal que, sin duda,

agotó por largo espacio toda su reserva de sentimientos caritativos y no le dejó arranque para acorrer a la familia real, acribillada a balazos al pie de sus balcones; era un señor cuyos partidarios venían de tiempo atrás acariciando la idea de llevarle a la jefatura del partido regenerador; era, en fin, el hombre de decisión rápida, de cálida efusión, a quien, en la hora de mayor peligro, en el postrer crepuscular Ministerio de la Monarquía, había de entregarse D. Manuel II; se llamaba Teixeira de Sousa.

¿Os váis haciendo cargo del proceso? ¿No estáis *aspirando* ya cómo se hizo la Revolución en Portugal? (1).

---

(1) En un libro posterior al que contiene ese relato del regicidio, *A força publica na Revolução*, libro que yo he conocido, merced al activo bibliotecario de la Academia de Jurisprudencia Sr. González Amezua, tan pronto como tuve noticia de su existencia, pero cuando ya había terminado la lectura pública de esta serie de conferencias, el Sr. Teixeira de Sousa pretende defenderse de las críticas, análogas a las mías, que a otros mereciera su confesada ecuanimidad ante la impresionante escena del regicidio. Asegura el Sr. Teixeira, y en prueba de imparcialidad lo consigno, que él, a pesar del párrafo que queda subrayado en el texto, no sabía que el carruaje real hubiese entrado en el Arsenal, ni que las balas hubieran alcanzado a la familia real; que cuando vió que los Ministros y otros funcionarios entraron por la puerta del Ministerio de Marina, creyó que sería para adoptar medidas o para no exponerse al peligro de atravesar el Terreiro do Paço; que creyó que el coche real seguiría por la calle del Arsenal a Palacio; que sólo más tarde supo que los ministros habían ido al Arsenal; que no salió corriendo detrás del carruaje porque no era ministro, ni pertenecía al personal de Palacio, ni tenía por qué ir siguiéndole como un agente de policía;

que se marchó a su casa, *como era natural*; y que serían las nueve de la noche cuando recibió la información de que el atentado había producido la muerte al Rey Don Carlos y al Príncipe Don Luis Felipe, *causándole una dolorosa sorpresa* y profunda emoción, yendo luego al Palacio das Necesidades.

Consignada la rectificación, siento tener que diferir del parecer del Sr. Teixeira. A mí sigue pareciéndome que *no es natural* que un monárquico que ha visto cómo bajo los balcones de su oficina pegan tiros al Rey, que no vé a este levantarse para defenderse, que presencia la agitación callejera subsiguiente y que debe suponer que la carabina y la escopeta disparadas delante de sus ojos no estaban cargadas con miga de pan, se marche a su casa sin hacer más indagaciones, sorprendiéndose luego de que tres tiros a boca de jarro hayan hecho blanco en la víctima elegida.

Dos atentados ha sufrido en Madrid nuestro Rey, y no ya los exministros, ni tampoco exclusivamente los políticos monárquicos militantes, sino la inmensa mayoría del pueblo madrileño, han corrido inmediatamente de saberlo, y aún sabiendo a la vez que Dios nos protegió sacándole ileso, hacia su Real Palacio ansiosos de saber detalles y presuroso en mostrar su interés. Esto es lo que por acá nos parece natural a muchos monárquicos.



## SEGUNDA CONFERENCIA

Reinado de Don Manuel II.—Algo sobre responsabilidades.—Seis ministerios en tres años.—Atomización de los partidos monárquicos.—La Carbonaria y los trabajos revolucionarios.— *Os cem dias funestos*.

SEÑORES:

Os confieso que al empezar a redactar esta segunda conferencia (al fin me decidí a escribir ésta y la postrema, no pronunciándolas porque sé que a mi pluma la gobierna mejor mi voluntad, y de mi palabra suelen adueñarse mis nervios) me acometió de nuevo un inmenso temor: el de que, a pesar de mi propósito de economizar juicios y ceñirme al relato, de los hechos mismos y cada vez más, se destacasen duras acriminaciones que contrariasen mi deseo. No quiero yo, casi huelga consignarlo, dejar de exponer, en toda su desnudez, los sucesos por recientes que sean, ya que sólo persigo la verdad en la referencia, garantía exquisita de no querer ofender a nadie; y si este trabajo mío, hecho para españoles y con la mira puesta en su enseñanza, omitiese por consideraciones mundanales cuanto pudiera parecer molesto para los actores del acontecimiento portugués, no tendría virtualidad ninguna. Pero como ni debo ni quiero olvidar que para Portugal soy un extranjero, más obligado a

respetar sus hombres y sus instituciones que los propios compatriotas, conste, de una vez para todas, que en cuanto diga está salvada, por mi caballerosidad, la rectitud de las intenciones ajenas; por mi hombría de bien, invitada toda rectificación de verosímiles errores; por mi deber, sellado y lacrado, cerrándome el paso más allá de sus puertas, el santuario de la personalidad privada; por efusión de mi espíritu, envuelta en un nimbo de respeto, la desgracia.

Consignada esta declaración, que me urgía hacer, porque el temor de que os hablé se enredaba en los puntos de mi pluma pegajosamente, y creo que, a no haber dicho lo que dije, no hubiera podido seguir adelante, quiero también, por lo mismo que sólo de vez en cuando, y quizá al margen de censuras, han de aparecer en mi lectura los nombres del Rey Don Manuel y de su augusta madre, confidente y natural rectora la Reina Doña Amelia, dejar bien puntualizado que las más de las veces, cuando a actos de los hoy insignes desterrados aluda, me parecerá que estoy viendo al pie de sus nombres la rúbrica de sus ministros responsables. Sabido es que hoy ya las modernas orientaciones históricas, inspiradas en Green, dan muy relativa importancia a las cronologías dinásticas, incluso en las remotas edades, en que el poder de los Reyes se ejercía sin freno; y es que al fin se ha venido a reconocer que no son los Reyes, como por ficción, por espejismo engañoso de la realidad, pudo creerse durante siglos enteros, los árbitros, ni los mentores, ni los verdaderos conductores de los pueblos; son éstos, en resumen de cuentas, los autores de su propia historia. Pero, aun aparte de ese punto de vista, no por adulación a la realeza, por convicción sincera, he sostenido yo siempre que, aun antes de que se inventaran Estatutos, Cartas otorgadas y Constituciones, los Reyes

no tienen sino una mínima parte alícuota de responsabilidad en las malandanzas, o de gloria en las venturas de los Estados que rigen; la que pueda caberles por el cuidado, acierto o desacierto en la elección de sus instrumentos.

No regía Constitución alguna en tiempos de nuestro Alfonso el Sabio, y aquel Rey, que supo de amarguras tanto como de leyes, al consignar en la segunda Partida «quales deben ser los consejeros del Rey», escribió, por cuenta de Séneca la una, copiándola de Salomón la otra, dos sentencias que sería bueno no olvidaran los Reyes de todos los países y todos los tiempos. Según la una, los consejeros del Rey es preciso «que sean sus amigos, entendidos e de buen seso... ca si tales no fuesen, poderle ya ende venir gran peligro, porque nunca los que a ome desaman le pueden bien aconsejar ni lealmente». Dice la otra que «en el mundo no ha mayor mala ventura que aver ome su enemigo por privado o por consejero».

Y si esto era entonces previsoramente advertencia y seguro guía, en tiempos en que casi hubiera sido verdad la máxima constitucional de que el Rey nombra y separa libremente sus ministros, ¡a cuántas doloridas meditaciones no se entregarán los Reyes constitucionales de ogaño cuando, apuntando a su trono, su fama o su pecho, se les exigen responsabilidades que las más de las veces proyecta sobre ellos la desmaña, cuando no la felonía o la traición, de consejeros introducidos en la cámara regia por el voto torpe o amañado de un Parlamento o la voz engañadora de un partido, que miente adhesiones para enmascarar concupiscencias!

¡Ah, cuán cómodo y cuán gallardo es atacar a seres que, por el plano en que viven, no pueden discutir con nosotros! Ciertamente que si Don Manuel hubiera de

comparecer ante vuestra presencia como ante el Tribunal hierático de la Historia, y él sólo hubiese de responder de culpas que compartió, pero que sería inícuo descargar exclusivamente sobre su cabeza, sus más enconados, sus más apasionados fiscales no podrían acusarle, aun forzando la nota con exceso, cual han hecho escritores portugueses, de otro delito que del de no haber sido Rey. No es ser Rey—afirmarían—encogerse temeroso bajo el dosel real, y cifrando todo el deber en procurar no descender los escaños de un trono, recibido como tradicional enfiteusis de una progenie excelsa, limitarse a entregar sus poderes, no a quien más los merezca, sino a quien, compaginando amenazas y adulaciones, los pida; no es ser Rey—proseguirían—suscribir complaciente decretos y leyes que eran pagarés librados sobre el capital de la Monarquía; no—continuarían diciendo—, no es ser Rey, hijo de un Rey asesinado y hermano de un Príncipe segado en flor por el crimen, tolerar que, durante años, desde la justicia que sesteá y enmudece hasta las turbas que cubren con flores de apotheosis la postrer yacija de los regicidas, todo sea amparo, protección hipócrita, dignificación de la menguada hazaña, a la que fué *práctico* reputar obra de generación espontánea; no es ser Rey, en fin—fulminarían en enérgico apóstrofe—, olvidarse de que, en el momento del peligro, los Reyes que quieren serlo no han de encargarse al guarnicionero de los Reales Alcázares una maleta, sino una silla de montar.

■ Pero para que el Rey, como Rey, pudiera merecer tan severa acusación, fuera preciso que nos olvidásemos de que no basta revestirse de las vestiduras reales para sentirse Soberano; no son ellas a modo de túnica impregnada con misteriosos bálsamos, cuyo sólo contacto con el cuerpo sea suficiente para que el elegido sienta discurrir

por sus arterias sangre de caudillo. Aparte de que para agoreros y providencialistas, Don Manuel II vino ya al mundo bajo el signo fatal de la Revolución, pues nació el 15 de Noviembre de 1889, el mismo día en que caía de su trono imperial Don Pedro II del Brasil, es notorio que el segundogénito de Don Carlos no estaba preparado para heredar de él las complejas tareas de reinar. Ya lo decía él, humilde, noblemente, según cuentan las crónicas: *Nao nascí, nao fui educado para isto. O mano, sim. Ese é que debía ser un rey as direitas...* Y no se eche mano para combatirle, por cuanto no hizo, del socorrido recurso de bucear en la Historia y exhumar el recuerdo de tantos Reyes *as direitas* como no nacieron para reinar: Fernando de Aragón, Isabel de Castilla, María Teresa de Austria, Napoleón Bonaparte, Victoria de Inglaterra. Mirad en torno de esas siluetas; medita un poco si estaban solas; si no contaron con inteligencias, voluntades, espadas, lealtades incontrastables que les secundaron, y... cuando volváis la vista hacia Don Manuel II, os parecerá que oís una voz de ultratumba, que ya escuchásteis desengañada en la conferencia anterior, y que acudiendo hoy en defensa de su hijo, repetirá su respuesta a Fuschini:—Bien, sí, pero ¿y los hombres?

Porque si Don Carlos no los tuvo, menos aún los tuvo Don Manuel. Muerto Hintze Ribeiro, alejado Franco de la actuación política, viejo y trabajando detrás de la cortina nada más Luciano de Castro—sin contar con el quebranto que a la intervención de éste causaron a la postre los sucesos del Crédito Predial—, el Rey ya no tuvo *leaders* de partido con quien entenderse; sólo podría contar con jefecillos de grupos, con *mariscales*, como en Portugal llaman a las figuras de segundo orden de cada agrupación. Pluma ferozmente incisiva, cuyos juicios en todo no comparto, y que como veréis la esgri-

me un detractor de Teixeira de Sousa, después de recordar cómo los políticos de turno se desembarazaron de Franco, que Hintze murió y que el Rey y el Príncipe desaparecieron, describe en párrafos de esta crudeza el escenario en el cual había de desempeñar su papel de Rey Don Manuel II:

«Ahora era ya una lucha entre sapos. El nivel de la comparsaría política bajaba a ojos vistos; y como las mareas, a medida que bajan, van dejando al descubierto, primero las peñas de la costa, luego el limo, los guijarros, los cascos de botella y los detritus, el fangal político fué dejando al descubierto al Sr. Teixeira de Sousa. Fué así como ese hombre vino a flor de agua. Tal como los zapatos viejos y los tiestos cuando el verano devora los ríos. No fué que subió el; fueron las aguas las que bajaron.»

¡Infeliz Don Manuel de Braganza! ¡*Desventuroso rei-sinho!* ¿Quién que, por merced de Dios, no tuviera sólida enjundia de regidor de pueblos, podría nadar impoluto, erguido, magestuoso como un cisne, surcando eso que cronistas portugueses y monárquicos califican de fangal, de estuario digno no más que para lucha de sapos?

Mas no quiero penetrar en el terreno de la crítica. Vuelvo, pues, a la historia.

En la noche trágica de 1.º de Febrero, mientras Lisboa entera, y principalmente la Corte, sobrecogido el ánimo por el terror, creía oír el rugido lejano de la Revolución, fueron trasladados desde el Arsenal al Palacio das Necesidades los cuerpos inertes, rígidos, de Don Carlos y de Don Luis Felipe. Precediéndolos, iban también las almas malheridas y sobresaltadas del nuevo Rey y de la Reina Amelia. Hubieran errado el improvisado

Monarca y su acongojada inspiradora más aún de lo que erraron en aquellas horas lúgubres, y ningún corazón bien nacido dejaría de hallar para el error explicación sobrada en la turbación de sus espíritus. Calientes aún los restos del padre y del hermano; flotando entre las sombras de la noche fantasmas revolucionarios que la cortesanía de los palatinos y las crueles artimañas de los políticos agitarían en las estancias regias, invitando al Rey a adoptar pronto una solución salvadora— y claro es que, para gentes de digestión tranquila como suelen ser siempre las que rodean a los Reyes, y de apetito incontinente cual frecuentemente son los ministrables en potencia propincua, la solución consistía en sustituir a Franco, que era un excitante, por otro gobierno que repartiase carteras y tazas de manzanilla—; inevitablemente enlazada en la inteligencia del hijo la muerte del padre con la política del primer ministro, Don Manuel II tuvo que resolver.

La condenación de Franco en los impresionables juicios de una mujer y de un niño, era fatal, irremediable, por lo pronto. La catástrofe y él se ligaban en apretado nudo. ¡Quizá el tiempo andando, cuando la experiencia haya inundado de luz inteligencias anubladas entonces por el dolor, habrá tenido entrada en ellas un más justo concepto de aquél, si en parte equivocado, en un todo leal consejero! El recuerdo sólo de que la temida revolución no estalló aquella noche, cuando el aplanamiento del espíritu público brindaba a fáciles éxitos, merced a las medidas que conjuraron la subversión del régimen, aunque fallaron en no evitar el regicidio, bastaría para rehabilitarle grandemente. Mas, lo repito, incluso si fué cierto, como se dijo, que, ante los cadáveres queridos, el reproche al vivo se sobrepuso al sollozo por los muertos, era esto tan humano que, frente a tales desahogos

de un alma desgarrada, no cabe sino descubrirse con respeto. Los errores que pueden merecer más acerbos juicios son posteriores a ese primer momento trágico, a esa legítima excitación pasional.

Don Manuel, siguiendo costumbre tradicional en casos graves, reunió aquella noche su Consejo de Estado, especie de *Walhalla* del mundo político portugués; y ante él, tembloroso, ahogado por las lágrimas, hizo paladina confesión de su impericia y de la agitación de su espíritu; pidió apoyo, opinión, luces para resolver sobre los destinos de Portugal. Y el Consejo de Estado le dió, como solución, aquel primer ministerio de concentración monárquica que presidió el Almirante Ferreira de Amaral.

Era este un ex-Ministro de Marina del Gabinete que, en momentos también transcendentales, constituyó como os dije, Dias Ferreira; pero aunque *almirante* en la Armada, en política no había pasado nunca de *mariscal*. Poco versado yo en historia colonial portuguesa, ignoro si en su hoja de servicios, como marino, tiene anotadas Ferreira de Amaral arriesgadas empresas. Calculo, sí, que el descriptivo mote de *almirante suizo*, con que le designan algunos de sus adversarios debe cargarse a la cuenta de la malevolencia, pues aunque no se encontrase rastro que justificara lo incluyese un Camoens contemporáneo entre los nautas que

por mares nunca de antes navegados  
pasaram ainda alem da Trapobana,

los altos puestos que desempeñó, entre ellos el de Gobernador general de Angola, atestiguan que es hombre que sabe navegar. Y en relación con las aguas políticas, bien diestro ha mostrado ser en bogar lo mismo por mares ecuatoriales que por glaciales océanos. El primer ministro del primer gobierno de Don Manuel, cuando



dejó de serlo, se juzgó víctima de las camarillas palatinas; ofreció en plena Cámara su espada de almirante a la causa de la libertad; no creo que llegó a sacarla de la vaina en los días de la Revolución, pero hace tres meses sacó un acta de diputado por Alcobaça como ministerial de Alfonso Costa. Por cierto, que al presentarse en la Cámara fué saludado en las tribunas con una monumental rechifla.

El nuevo Presidente del Consejo formó un Ministerio mixto; en él entraron Campos Henriques y Wenceslao Lima, afiliados al partido regenerador que desde la muerte de Hintze Ribeiro dirigía Julio Vilhena; Espregueira y Sebastián Telles, progresistas del partido de Luciano de Castro; Augusto de Castillo y Calvet de Magalhaes, amigos personales de Ferreira de Amaral.

Si este ministerio o gabinete de *acalmação* hubiera vivido no más que para llenar su misión de acallar las pasiones, instaurar el nuevo reinado y preparar soluciones definitivas, su actuación podría haber sido beneficiosa. Mas, aun sin el error capital de que luego hablaré, el primer gobierno de D. Manuel cometió varios desaciertos de insubsanables consecuencias, que han gravitado sobre el reinado entero como losa de plomo. No aludo a la anulación de los decretos dictatoriales, medida que se imponía desde el punto y hora en que la Corona, siguiendo dócilmente la opinión del Consejo de Estado, había optado por no proseguir la obra de Franco; ni siquiera a la amnistía para los delitos de carácter político que no envolviesen homicidio, pues (aunque yo tenga mi parecer respecto a estos *perdono a tutti* que, sin música verdiana de *Hernani*, suele cantar toda institución decadente, dignificando la claudicación con el ropaje de la misericordia), reconozco que esas generosidades de espectáculo son características de los gabi-

netes de *acalmação*; pero ¿no había bastante con esto para que el país empezase a barruntar que era el miedo la única musa del gobierno y de cuanto había por encima de él?

¿Porqué no se procuró desvanecer esta lógica impresión adoptando a la vez otras medidas que diesen a la opinión portuguesa y europea la sensación de que el régimen, sobreponiéndose a la aguda crisis porque atravesaba, se sentía fuerte en sí mismo y con fiado en el apoyo de la Nación? ¿Por qué no se fué, desde luego, virilmente, resueltamente a perseguir a los cómplices de los regicidas, si los había, o a demostrar, con claridad meridiana, que su acto fué obra de una locura aislada? ¿Por qué, en fin, se aconsejó o se autorizó que cada salida del Rey en público fuera una movilización ostentosa de la policía, una escapada de la Corte entre filas de guardias, una que cuando menos se explotaría como aparente confesión de que la sangre vertida en O Terreiro do Paço, evaporada en nubes de pesadilla, rondaba en torno del Palacio de las Necesidades?

¡Si hasta se dijo, verdad o mentira, pero con apariencias de verosimilitud, que para que el Rey pudiera asistir a actos solemnes se pactaba o se negociaba con los revolucionarios, utilizando los buenos oficios de los políticos *urracas*, llamémosles así, que, en contacto a un tiempo mismo con las turbas y con los palacios, cebaban los apetitos de aquellas, sus criaturas, llevándoles en el pico algo más valioso que los escamochos de los regios banquetes; trozos de armiño de la dignidad real, arrancada a tiras, quizá en provecho propio, por torpes, desleales o equivocados servidores del Trono!

Tan honda, tan intensa fué la huella grababa por esta conducta del ministerio Ferreira de Amaral en la conciencia popular que, perdurando ella todo el reinado de

D. Manuel, no hubo acto alguno de la Corona que no se creyese inspirado en móviles de inquietud y de inseguridad. Así, por ejemplo, el viaje del Rey a las Cortes de España e Inglaterra y capital de la República francesa, cortesía obligada en correspondencia a atenciones que se le guardaron en los funerales regios y en la proclamación, tomó a los ojos de las gentes proporciones de petición de socorro que, de un modo tan exclusivo y agudo, no fué sin duda el objetivo de D. Manuel ni de su entonces Gobierno responsable.

Pero ello fué que aquella primera impresión, generada en la conducta del gabinete de 1908, y que ninguno de los posteriores cuidó de atenuar perseverando por el contrario en la orientación cuyo norte era la contemporización con los elementos temerosos y cuya característica consistía en procurar que el polvo se amontonase sobre la causa criminal incoada en persecución de los cómplices del regicidio, vino interponiéndose siempre entre la opinión y el Trono, contribuyendo a restar a éste elementos de simpatía. Y un viaje, por tanto, del cual sólo puede censurarse a lo sumo ser relativamente prematuro, porque, aunque realizado a fines de 1909, el estado de los ánimos aconsejaba recordar aquel consejo de nuestro Romancero:

el Rey sosiegue su casa  
antes que busque la ajena

se prestó, por culpa de los que no supieron prepararlo en otro ambiente, a que fuera interpretado, a derecha e izquierda, en sendos sentidos perjudiciales a cual más para el arraigo del nuevo Soberano.

Las clases de orden, allá como en todas partes las más pusilánimes, pacatas y egoistas, entendieron que aquella excursión en busca de las simpatías de afuera revelaba que el Trono sentía temblar la tierra bajo su estrado, y

a partir de entonces gran parte de ellas se colocó en situación de que no les alcanzase el hundimiento. Los revolucionarios, ¿qué habían de pensar o por lo menos de propalar sinó que D. Manuel, si venía a España, era para pedirnos tropas; si iba a Francia, era para humillarse ante aquel Gobierno republicano haciéndolo su intercesor cerca de los correligionarios portugueses; si abordaba a las costas de Inglaterra, era que le llevaba el afán de traerse al Tajo una escuadra que le apoyase si resistía, o le acogiese si tenía que huir? ¿Necesitaban mejor pretexto los oradores de *meeting* y los folicularios de la destrucción para renovar y exhumar todo el léxico truculento con el cual *piropearon* a D. Carlos a raíz del *ultimatum* por los sucesos de Mozambique?

Y menos mal si aquel viaje hubiera logrado, al menos, como compensación la dicha de que dinastía tan zaran-deada por el temporal hubiese hallado en las Cortes extranjeras fuertes amarras. Pero la galerna de 5 de Octubre de 1910 pondría de manifiesto que no hubo tales cables: cuando sobrevino el naufragio, no pareció por parte alguna el salvavidas. ¡Qué decepción sufriría la Corte lusitana, tan pagada de su prepotencia en Buckingham Palace! ¡Con qué infantil alegría refería un palatino las deferencias que a D. Manuel guardaba la familia real de Inglaterra! *O cha das cinco era servido pela propia Rainha Alexandra; o assucar eram as proprias princesas que se encarregaban de o offerecer.....* ¿No os parece estar oyendo el eco de las venturas de Lanzarote del Lago—y perdón si abuso del Romancero—cuando de Bretaña vino

princesas cuidan de él  
doncellas de su rocino?

Pues ¡ejemplar lección para los devotos de lo superficial! Pocos meses después, dos emisarios, dos embaja-

dores podría decirse, de la conspiración republicana portuguesa iban también a Londres. No consta que princesa alguna les azucarase el *cha das cinco*; pero se afirma que volvieron a Lisboa con la seguridad de que, si la Revolución triunfaba y se consolidaba, la Gran Bretaña no tendría nada que objetar.

Dispensad esta digresión. Vuelvo ya al gabinete Amaral, y a aquel capital error a que antes aludí y que, a mi juicio, consistió en la convocatoria de un Parlamento. ¡Un Parlamento convocado por un Ministerio mixto, y de naturaleza esencialmente interina! ¡Unas elecciones presididas por un gabinete intermedio! ¡Era como si el buen ciudadano a quien transitoriamente se encomienda el papel de Cristo en Oberamergau, para representar el drama de la Pasión, se creyese de repente el verdadero Hijo de Dios por obra y gracia del Espíritu Santo!

Imaginemos un país—no creo que lo encontraremos en el planeta—donde el sufragio sea una verdad, la opinión pública una realidad, y haya además un hombre público tan ecuánime, y con ecuanimidad tan garantizada por añadidura, como nuestros jefes de la Sección de Loterías. ¡Aun en país tal sería un ideal utópico de los Reyes limitarse a cumplir la voluntad que saliera del *bombo*! Pero en un pueblo como Portugal—y cuidado que si hacéis comparaciones quedan por vuestra cuenta—donde el sufragio es una ficción, la opinión un mito y los partidos políticos una organización de ataque al Presupuesto, hubiera sido en toda sazón una aventura encomendar la formación de un Parlamento a lo que no era sino pasajera sindicatura de una política en quiebra; y encargarse de tal cometido el Sr. Ferreira de Amaral, en ocasión como aquella, con los partidos hechos polvo, no fué ya lanzarse a los azares de un salto en el vacío,

sino arrojarse de cabeza, conscientemente, a las profundidades de un abismo devorador. Y así salió ello. El Parlamento no fué ni siquiera un mosaico; fué sencillamente un rompe cabezas.

Claro es que si los inspiradores de D. Manuel II y los ejecutores de tan profundos pensamientos, lo que se propusieron fué proporcionarle, en vez de un instrumento de gobierno, una baraja para hacer solitarios, acertaron. Allí había margen para docenas de soluciones. Tomo dos ministros de la derecha, dos de la izquierda, uno del centro y otro de la montaña, y cátrate un Ministerio. (Quito el as de oros y pongo el de copas, *a ver si me sale.*) Y así sucesivamente. ¡El Parlamento Ferreira fué un éxito, y a la vez un espejo, para los panegiristas de la política de grupos!

Como ninguno de éstos daba la mayoría, los Ministerios tenían que constituirse con retazos, con delegados de cada fracción. Y en un espacio de año y medio, aquellas Cámaras *gargantuescas* devoraron cinco gabinetes: Ferreira de Amaral, Campos Enríquez, Sebastián Télles, Wenceslao Lima y Francisco Beirao. No hay que decir que cada uno de estos reyes de taifas, si no habían entrado en el Poder con su cohorte, salían ya de él al frente de una mesnada y alzando pendón y caldera. ¿Qué más podía apetecer un Rey nuevo como don Manuel? De ese modo, partidos no habrían de faltarle, y así como a su padre se le logró la dicha de tener cuatro, él llegó a contar... qué sé yo con cuantos; regeneradores de Vilhena, regeneradores de Teixeira de Sousa, regeneradores de Vasconcelhos Porto (especie de *nuncio* de Franco cerca de S. M. F.), progresistas de Luciano Castro, progresistas de Alpoim, nacionalistas (católicos) de Jacinto Cândido, y luego enriqueistas, limistas, amaralistas... ¡Cuánto hubiera dado D. Manuel

por encontrar entre ellos siquiera un abnegado *manue-  
lista!*

No creo que os interesen, ni a mi propósito dice tampoco, los detalles de esa batuda ministerial. Dejémosles saltar del poder a la oposición y de la oposición al poder, registrando únicamente que, en ninguno de esos cambios, la variación de apellidos ni de rótulos significó cambio sustancial en la política de blandura y transigencia con las amenazadoras izquierdas. Cual más cual menos, todo gabinete del Rey era una acentuación, una continuación, o, a lo sumo, una leve atenuación de la línea de conducta adoptada en la trágica noche de 1.º de Febrero; quebrantamiento o rectificación de tal derrotero, no lo hubo ni en un indicio. Quienes significaban eso—los restos del partido de Franco, agrupados, como ya indiqué, bajo la jefatura de su ex ministro de la Guerra, Vasconcelhos Porto—, no contaban para nada en el juego de los partidos gubernamentales. ¿Es que no se les ofreció el poder, como algunos decían, en ninguna de las crisis? ¿Es que no se mostraban propicios a aceptarlo? Carezco de datos fehacientes para la respuesta. Yo no sé de qué materiales están construídas las paredes de los palacios de los Reyes; en las demás casas, añeja es la creencia de que *las paredes oyen*; en los palacios, *las paredes hablan* tanto y tan contradictoriamente que nadie las entiende.

Pero permitidme, porque es muy pintoresco y de muy transparente intención que traduzca a este propósito un párrafo de *A Comedia Política*:

«Cuéntase que un día el Sr. Conde de Bretiandos comentaba con una graciosa anécdota una de las recusaciones de poder atribuídas a Vasconcelhos Porto, el cual se expresaba en estos términos: El partido regenerador liberal es un partido de reserva monárquica

para acudir un día a una necesidad de las instituciones.

»Y el noble conde de Bretiandos, que es un conversador de ingenio, le aplicó el cuento siguiente:

«—Esto me recuerda a uno que había en el Miño y que predicaba este precepto muy a menudo: Un hombre debe tener siempre 400.000 reis (400 duros poco más o menos) al lado del arca para una aflicción o para prestárselos a un amigo. Y como lo decía lo hacía. Un vecino entrósele un día por las puertas y díjole así: Compadre, usted es un hombre de mucho entendimiento. Le he oído decir que la gente ha de tener siempre al lado del arca 400.000 reis para una aflicción o para prestárselos a un amigo. Ahora me tiene usted aquí a mí, que siempre fuí su amigo, y que le vengo a pedir los 400.000 reis... El del Miño se rascó la cabeza, metiendo la mano por debajo del ala del sombrero, se apretó la faja, y respondió: Mire, vecino. Es verdad que yo tengo aquí los 400; pero si se los voy a prestar, mañana quiero socorrer aflicción mía o de otro amigo, y no tengo los 400 al lado del arca como siempre fué mi regla!... Y no se los prestó.

—¡Es porque vió que no lo pedían con mucha necesidad!—replicó alguno a quien contaron la anécdota del Sr. Conde de Bretiandos.»

¿Qué pasaba mientras tanto entre los revolucionarios? Varios son los textos de que podría echar mano para referíroslo. El triunfo desató muchas lenguas. Pero escojo ahora, por estar sistemáticamente ordenados en él



abundantes datos instructivos, un opúsculo publicado por Jorge de Abreu, del cual voy a extractaros algunos párrafos, dejando íntegra, claro está, al autor la responsabilidad de sus juicios y sus revelaciones. Ved en la cubierta del folleto la bandera republicana, con lo cual ya se advierte que el publicista no es monárquico, y para que no creáis que se trata de publicación clandestina, de cuya información sea peligroso recoger noticias, sabed que libros como éste, en los cuales, sin veladura alguna, se refieren los manejos y el funcionamiento de las asociaciones secretas se exhiben, pidiendo compradores, en los escaparates de cualquier librería de Portugal.

«Hablemos de la Carbonaria, de la gran organización secreta, que representó un papel importante en la revuelta del 4 y 5 de Octubre. Tan importante, que de ella salieron todos los grupos de populares armados que auxiliaron el triunfo, y uno de sus miembros, de la más elevada categoría dentro de la Asociación, vinculó indeleblemente el nombre y los hechos a la implantación de la República portuguesa .

»La Carbonaria venía de larga fecha. Hay quien supone, quizá, que nació expresamente para la preparación del 28 de Enero. No es exacto. En 1893 ya se hablaba vagamente de la existencia de esa organización, y en 1894 un buen núcleo de estudiantes coimbricenses celebraba en las márgenes del Mondego, en el silencio de la noche, reuniones secretas con todo el ceremonial misterioso de las llamadas logias revolucionarias, independientes de la masonería regular.»

»Más tarde, Lisboa ve despuntar *oficialmente* la Carbonaria para las luchas políticas, arrullada por la fe ardiente, la tenaz propaganda de Luz d'Almeida. Es el momento en el que la idea inicial de un núcleo fuerte,

aguerrido, de acción inmediata y directa contra las instituciones monárquicas, toma cuerpo, adquiriendo un relieve fuera de lo común. De la masonería regular, a la que Luz d'Almeida ya daba en esa época lo mejor de su esfuerzo inteligente, sale como un filamento, que es como la mecha que ha de aplicarse a una bomba monumental. Ese filamento crece, insinúase vagorosamente entre las capas populares, retuércese en evoluciones cautelosas y discretas, y la Asociación Carbonaria Portuguesa, hasta entonces una sombra de resistencia nacional al despotismo, a la tiranía del trono y de los gobernantes deshonestos, comienza a iluminar el futuro, proyectando sobre la tiniebla que lo envuelve una luz viva e inapagable. La nueva agremiación secreta no tiene todavía aquél nombre. Tiene otro bien diferente y no tarda en ser apadrinada por uno de los más populares caudillos republicanos.

»Luz d'Almeida multiplícase en la conquista de elementos revolucionarios. En la primera fase de la Carbonaria es con el doctor Antonio José de Almeida, con quien él colabora asiduamente. *La Floresta*—el nombre por el que es entonces conocida la poderosa agremiación secreta—cuenta en breve trecho millares de adeptos. Luz d'Almeida inicialos día por día en una progresión asombrosa. De suerte que, antes del 28 de Enero, Antonio José d'Almeida adquirió la certeza absoluta de que era justificado confiar al elemento popular una buena parte de la ejecución de la revuelta. Y si es cierto que en la preparación de aquel movimiento los grupos organizados civiles no aparecen aún, como en la preparación del 4 y 5 de Octubre, totalmente filiados en la Carbonaria, no lo es menos que la expansión de la asociación secreta es tan vasta y tiende tan nítidamente a aumentar que Luz d'Almeida, tres días después

del regicidio, inicia de una sentada cerca de 50 conjurados.

»Por aquel tiempo, al lado del vigoroso y tenaz propagandista figuran también dos revolucionarios de temperamento bien diverso; pero dedicadísimos ambos a la causa de la libertad: Machado Santos y el ingeniero Antonio María de Silva. Sus primeras entrevistas realízanse en el jardín de San Pedro d'Alcántara. Es allí donde esos tres hombres combinan la forma de dar una orientación absolutamente práctica a la Carbonaria, formando entre sí el *Comité Alta Venda*, o mejor, la cabeza directiva de la organización secreta... Deciden llevar a los cuarteles la simiente revolucionaria. Es, repetimos, el período de mayor agitación popular provocada por la política nefasta del régimen monárquico. Rara es la noche en que no se inician en la Carbonaria una docena de adeptos por lo menos.

»Las iniciaciones divergen en el ceremonial. Hay iniciaciones rigurosas, con todos los pormenores que constituyen en realidad una apretada *feira* y también las hay *pro forma*, cuando el adepto es sobradamente conocido e inspira absoluta confianza. En cualquiera de los casos, sin embargo, el iniciado es sometido a un interrogatorio sobre sus ideas políticas y aquello de que se juzga capaz de ejecutar en el momento propicio. Muchos de ellos afirman, desde luego, sus disposiciones para una acción individual directa; otros limitanse a prometer su concurso eficaz en una acción colectiva. La Carbonaria no repele a los que se declaran francamente incapaces de un acto aislado, con tal que juren—el juramento es obligado para todos—auxiliar a la comunidad, llegada la oportunidad de luchar contra la monarquía o la tiranía.»

»En determinado momento surge una contrariedad. Machado dos Santos, habiendo escrito un artículo vio-

lento en *El Radical*, es, por razón de su puesto de comisario naval, llevado a consejo de guerra. Los jueces lo absuelven; pero como los enemigos de los revolucionarios no descansan, consiguen en breve alejarlo de Lisboa, desterrándolo para Ultramar. Esta contrariedad, sin embargo, no impide que la Carbonaria progrese a ojos vistos. El *Comité Alta Venda* decide abrir la primera *choza* en Alcántara, barrio que siempre se evidenció por el gran amor a la causa, barrio revolucionario por excelencia.» (Por eso, como en ese barrio está enclavado el Palacio de las Necesidades, solía decir con amargura el Rey D. Carlos:—Yo soy el único monárquico de mi barrio.)

«El Comité recibe adhesiones valiosas y la propaganda fructífica. Marineros, contramaestres, cabos, sargentos, artífices, operarios, todo acude a la iniciación. En la conquista de esos adeptos distingúense dos hombres... uno de ellos toma sobre sí la árdua tarea de desdoblar la *choza* de Alcántara y funda otra en Valle do Zebro, suministrando al Comité un plano de la escuela de torpedos y varia documentación topográfica.»

»De la *choza* de marina salen elementos de propaganda para los cuarteles de Infantería 2 y cazadores 2. Es curiosa la forma en que esos elementos entran en los cuarteles. Al principio—dice Antonio María de Silva—cada carbonario tenía un primo en el cuartel; después, conforme a la necesidad de repetir las entradas así iba aumentando el número de *primos*. Carbonario hubo que, en poco tiempo, se hizo *primo* de toda la soldadesca. Naturalmente, surgieron desconfianzas por parte de los oficiales, y éstas engruesaron con la coincidencia de la aparición de un folleto de Luz d'Almeida, que fué largamente distribuído por los elementos militares.

.....

»La Carbonaria anarquista dió un contingente precioso para la revolución de 4 y 5 de Octubre. Es justo decirlo; *trabajaba* casi a las claras. Algunos de sus adeptos hablaban de bombas y de dinamita como quien se refería a objetos de uso corriente, a artículos de primera necesidad. La policía, entretanto, no oía ninguna de esas conversaciones y rozaba al lado del peligro con una inconsciencia extraordinaria...

»El *Comité Alta Venda*, una vez bien minado el barrio de Alcántara, pasa a Belem y delega en el farmacéutico Abrantes el encargo de reunir prosélitos en infantería 1, lanceros 2 y caballería 4. Las iniciaciones son a docenas entre soldados, cabos y sargentos. Los oficiales, más difíciles de conquistar, preséntanse en la Carbonaria en reducido número... Después, se funda una *barraca* exclusivamente dedicada a los alumnos militares, cadetes y aspirantes. Es una fuerza disciplinada, consciente, conociendo bien el manejo de las armas... muchos de los oficiales nuevos que aparecen luego complicados proceden de esa *barraca*. Las entrevistas de estos carbonarios con los jefes del movimiento realízanse en regla en el jardín del Campo de Santa Ana o en el jardín del Matadero. Los alumnos de la Escuela del Ejército entiéndense directamente con un ayudante de instructor, y deben constituir en el momento oportuno un batallón de *élite* armado con los Mausers-Vergueiro existentes en la Escuela en número de 400. Los de la Politécnica entiéndense con un cadete que, a su vez, se relaciona con un oficial. Este distingue a los conjurados por la manera especial de hacer el saludo militar.

.....

»Con el regreso de Machado Santos de Ultramar, el aspecto y la forma de la propaganda de la Carbonaria mudan por completo. Machado Santos sustituye al inge-

niero Antonio María de Silva en los trabajos de Alcántara, disciplinando esos elementos, imprimiéndoles toda la fuerza de su fe y de su valor. El número de adhesiones crece de manera asombrosa. Machado Santos hace prodigios; no descansa, no tiembla, no titubea. El *Comité Alta Venda* declara inexpugnable el barrio. Es ocasión de dirigir la vista a otros puntos; a infantería 16. Machado Santos toma a su cargo la tarea... y hace verdaderos *meetings* a los soldados, en la Sierra de Monsanto, a los que asisten decenas de hombres de Artillería 1 y de aquel regimiento.....

»Fuera de Lisboa, la propaganda de la Carbonaria es también intensísima. Se forma la Junta Carbonaria de la Región Central que abarca Aveiro, Coimbra y Vizeu. Por ese tiempo ya existen núcleos poderosos en Vianna do Castello, Braga y Villareal. Al sur se forma el núcleo de Evora... En Beja se distingue en la propoganda revolucionaria el Dr. X... En Algarve, en Faro, el Teniente H.

.....

»En 14 de Junio de 1909 la Masonería tiene una sesión magna convocada expresamente para deliberar» sobre la oportunidad de una obra, que se esboza vagamente ser la República, pero que no es revelada en sus trazos íntimos a la casi totalidad de los hermanos. »En esa reunión habla el Gran Maestro, el Sr. D. José de Castro, para proponer el nombramiento de un comité encargado de ejecutar o, mejor, de preparar la ejecución de la obra aludida. La Asamblea toma conocimiento de la propuesta y el Gran Maestro se reserva el derecho de nombrar él mismo el comité cuya formación debe ser hasta el último momento asunto de la mayor reserva. Impónese el secreto riguroso porque, dentro de la masonería existen elementos de poca confianza para tan grave empresa.

»El comité, que toma el nombre de Comisión de resistencia, queda compuesto por Simoes Raposo, Machado Santos, Miguel Bombarda, Francisco Grandella y Cordeiro Junior. Su primer cuidado es aproximarse al Directorio del partido republicano... El Directorio acepta sin restricciones la intervención del Grande Oriente y, previo acuerdo, el comité masónico trata de agrupar y disciplinar los organismos revolucionarios ya creados que trabajan en un aislamiento de escaso provecho. Esa agregación se hace con gran cuidado y el comité reúne los elementos de que el propio Directorio dispone, los de la Carbonaria, los del grupo Acacia y los de la Joven Portugal.....

.....

»En Octubre de 1909, la propaganda tomó mayor incremento. En la primera reunión del Directorio y de la Junta Consultiva, realizada en ese mes, como los marineros insistiesen en afirmar que se sublevarían en breve plazo y fuese necesario entrar a fondo en los trabajos de preparación de la revuelta se planteó la cuestión con toda franqueza: el partido republicano, en el caso de una insurrección naval, no abandonaría a los insurrectos sino que les daría toda solidaridad moral y material. El asunto fué debatido. Alfonso Costa me apoyó (es José Barbosa quien habla) enérgicamente y todos convinimos en que era indispensable atacar el régimen monárquico de un golpe decisivo. La Junta Consultiva se pronunció también por una acción inmediata... Día por día Joao Chagas reunía en las *Cartas Políticas* tres o más oficiales de marina y del ejército de tierra que, al ponerse en contacto, se sorprendían inmensamente de ver al lado de la República camaradas del mismo regimiento o del mismo navío que consideraban monárquicos *retintos* o por lo menos indiferentes.

.....

»Los oficiales pasan después a entenderse directamente con sus subalternos y están permanentemente en contacto con los carbonarios, a quienes dan indicaciones y de quienes recogen informaciones rigurosas para confeccionar el plano de la revolución... Es preciso todavía dar a los oficiales la certeza material de las fuerzas con las que se cuenta... Organízanse para eso verdaderas revistas militares. A los soldados son dadas las respectivas contraseñas. Una de ellas es: *pontapé na bola*... En el jardín del cuartel del Campo de Ourique se verifica un desfile de 150 hombres de infantería 16, diciendo cada uno de ellos al pasar: *pontapé na bola*... En el Rocio (!) realizase una revista en noche de música. Un verdadero escándalo en las barbas de la policía.»

No habiéndome propuesto con este extracto otro fin que el de dejar al descubierto la sublime, la inimitada hasta ahora inutilidad de una policía y de unas jefaturas políticas, militares y navales, a cuyo alrededor zumbaba todo ese enjambre sin que ellas lo oyesen, o si lo oían tuvieran decisión o habilidad para ahuyentarlo, hago aquí punto y cierro la tijera. A quienes haya despertado curiosidad la lectura, yo les invito a que adquieran ese folleto, que se titula *La Revolución Portuguesa*, y en él hallarán, amén de otros detalles interesantes, muchos pormenores respecto a los orígenes de lo que orgullosamente—haciéndola tema de monografías especiales y de artículos de los periódicos ilustrados, con láminas instructivas y descriptivas—llaman los revolucionarios la *artillería civil*. Esa nueva arma, o sean las bombas, fueron puede decirse la tramoya de toda la Revolución. Construídas en número incalculable, la notoriedad de su existencia y la indeterminación de los lugares



donde se guardaban fueron factores principalísimos en la actitud de la población en general y en la pasividad de los atemorizados elementos gubernamentales. Felizmente para los sentimientos humanitarios, pocas de ellas fueron utilizadas ni aun en los momentos álgidos de la Revolución; pero ¡que importe! obraron sin estallar. Y desde el jefe de fuerzas que rehuía pasar con sus soldados por tal punto estratégico, prevenido por una confidencia de que podría su hueste ser diezmada por la dinamita, hasta la policía que se recogía en sus retenes, por entender que exponerse al despanzurramiento aislado era baldía majeza, y los gobiernos que guardaban al Rey como oro en paño por temor a un desaguizado, todo el mundo fué víctima incruenta de la bomba.

La revolución portuguesa, para imponerse, aventajó en esto a nuestro gran Cisneros. El Cardenal, olvidadéis la tradición de puro sabida, se adueñó de los nobles levantiscos abriendo un balcón del palacio y enseñándoles, en lo que es hoy la Plaza de la Villa, los cañones con los que confiaba fortalecer su autoridad.—¡Esos son mis poderes!—les dijo... A la Revolución portuguesa le ha bastado con correr la voz de que, detrás de los balcones, estaban apercebidas las bombas. No hubo ni que enseñarlas.

Nos vamos acercando al último acto del drama. Y mientras anduvimos entre bastidores viendo el manejo de la caja de los truenos, casi hemos olvidado a los comediantes del escenario. Volvamos a él la vista antes de terminar hoy.

Y a este propósito os advierto que, en consideración al cansancio en que os supongo, no voy a alcanzar en esta conferencia sino hasta el momento en que Teixeira

de Sousa entra en escena (1). Aun así no os habré engañado. Os anuncié que en esta sesión llegaríamos hasta la Revolución, y a la Revolución habremos llegado. El Ministerio de Teixeira de Sousa, el de los *cem días funestos* como le llamó Leitao, no fué otra cosa sinó el aperitivo, el *lever de rideau* de la Republica. Fué como un diminuto 1789, bochornoso precursor de un reducido 93.

Consagraré unas palabras no más a recordar su preparación.

Cual ya habréis adivinado, el Parlamento de Ferreira de Amaral moriría de una indigestión de Ministerios. Llegó un momento en el cual no tuvo fuerzas digestivas para más. Se habían agotado todas las soluciones compatibles con su vida.

El último gabinete, presidido por Beirao, francamente progresista y hechura de Luciano de Castro, había embarrancando en dos bajos peligrosos: las reclamaciones del súbdito inglés Hintón sobre interpretación de ciertas disposiciones relacionadas con la producción de la isla de Madera, reclamación que no se cifraba sino en 6.000.000 de libras; y las irregularidades descubiertas en la administración del Crédito Predial establecimiento oficial del que era gobernador Luciano Castro, protector y ninfa egeria del Gobierno. Cualquiera de los dos asuntos hubiera bastado para poner en grave aprieto al gabinete: los dos juntos dieron con él en tierra.

El Rey, entonces, intentó formar un nuevo gobierno que pudiera marchar con aquellas Cámaras. No hubo posibilidad de lograrlo, a pesar del empeño del Monarca, aferrado a la idea de cortar el inveterado abuso de

---

(1) Esta conferencia fué anunciada determinando que abarcaría el período desde la proclamación de D. Manuel II hasta la Revolución.

la disolución de Cortes. Catorce días duró la crisis. ¡Esta vez el *puzzle*, el rompe cabezas no salía! Era que le faltaba una pieza: le faltaba Luciano de Castro, inutilizado para la política por sus conexiones, aunque no sus complicidades, de ley es decirlo y lo han dicho todos, con las irregularidades del Crédito Predial.

Y D. Manuel II resignado ante la evidente, irremisible necesidad de un cambio de Gobierno con disolución de Cortes, llamó a sus consejos al pedazo de partido regenerador, que ondeando un programa liberal dirigía el Sr. Teixeira de Sousa. Este formó gobierno, apoyado en las simpatías de los disidentes progresistas, y para mayor garantía del orden se reservó, además de la Presidencia del Consejo, la cartera *do Reino* o de Gobernación.

En el mismo acto del juramento, el Ministro de Negocios extranjeros dimisionario le entregaba un telegrama, recién llegado, del Ministro de Portugal en París, en el cual éste decía:

«Jefe de la policía secreta avisa haber tenido información fidedigna de que todo está preparado en Portugal para un movimiento contra las instituciones, y que el movimiento es esperado por los revolucionarios españoles para también intentar un golpe en España. X (aquí un apellido), está decidido a partir para Barcelona para ese efecto, pero recela ser expulsado por el Gobierno español. Hablé con el embajador de España, que está igualmente aprensivo y también avisó a su Gobierno.»

Ya veremos en la conferencia próxima cuan pronto se cumpliría respecto a Portugal el vaticinio. Pero, después de cuanto me habéis oído leer en ésta ¿verdad que, por muchos conceptos y desde muchos puntos de vista aparece a cada momento más interesante para los españoles saber cómo se hizo la Revolución en Portugal?



## TERCERA CONFERENCIA

Teixeira de Sousa se lava las manos.—El *bloco* contra el Gobierno.—Ineficacia de los alardes izquierdistas.—Descontento agudo de las derechas.—La Revolución en canto llano.—Pasividad del Gobierno.—D. Manuel, abandonado.—Proclamación de la República.—Ni un comentario.—¡Velad por el Rey!

SEÑORES:

Si me permitís empezar hoy evocando un recuerdo personal, os referiré cómo se avivó en mí, hacia mediados del año anterior la curiosidad por conocer con mayor detalle el desarrollo de los sucesos revolucionarios de Portugal, que sólo vagamente conocía.

Hallábame yo cierta tarde en el antedespacho de una de las más eminentes figuras de la política, cuando, en huelga de precauciones mi atención, los ojos la llevaron hacia dos voluminosos tomos amarillos, con visibles señales de haber sido consultados recientemente por el dueño de la casa. Sobre sus cubiertas destacaba en letras negras el título y el nombre del autor: *Teixeira de Sousa. Para a Historia da Revolução*. Recordando el proverbio romano *In cauda venenum*, abrí el segundo tomo por el final. Las últimas líneas del índice decían: «El día 28 de Septiembre de 1910 centenares de oficiales hicieron en el Bussaco una calurosa ovación a D. Ma-

nuel. Pocos días después la Monarquía cayó sin que en el país, entonces, hubiera un sólo acto de resistencia, ni siquiera de ostensible protesta. »Volví atrás unas hojas, y en las del capítulo correspondiente, leí los párrafos que siguen:

«El régimen monárquico cayó porque entre la fuerza pública tenía contra él la pasión de muchos y la indiferencia de la mayor parte, con sorpresa general.

»El día 28 de Septiembre—cinco días antes de la Revolución—D. Manuel asistió en el Bussaco a la conmemoración festera de los grandes hechos realizados por los ejércitos aliados cuando abatieron el orgullo de las huestes de Napoleón... Fué una fiesta brillante, entusiasta, en la que tomaron parte centenares de oficiales del Ejército. En el banquete, D. Manuel pronunció un discurso patriótico... afirmando su confianza en que el ejército portugués sostendría en la defensa de la patria y del régimen, la gloriosa tradición que allí los reunía. Se siguió una ovación delirante, sostenida durante largo tiempo. El duque de Wellington, representando a la familia del gran general británico, ... asistió a la ovación colosal hecha al monarca portugués y le abrazó lleno de emoción al presenciar aquella verdadera apoteosis. Don Manuel, al regresar a Lisboa, mostrábase envanecido del prestigio que juzgaba tener en el Ejército.....

»Nadie podía, pues, suponer que por haberse revelado la armada y una pequeña parte del Ejército, la restante fuerza pública, muchas veces mayor en número, titubeando y siempre en actitud de manifiesta pasividad, acabaría por dejar caer el régimen y adherirse inmediatamente a la República.»

«¡Y había, pues, de ser yo—exclama concluyendo el Sr. Teixeira de Sousa—por mi acción individual, quien había de hacer lo que ocho mil hombres, puestos a las

órdenes del Comandante de la división... no supieron o no quisieron hacer! ¿Era yo quien sólo, o poco más, había de sostener el régimen contra cuya caída no hubo en el país, entonces, un solo acto de resistencia o, siquiera, de ostensible protesta? ¡Nunca se hizo más grave injusticia a un hombre!»

Reconozco que me impresionó esta aptitud de reconvencción. Aún hoy después de leer y saber cuanto posteriormente leí y supe—impelido a ello precisamente porque ante acusación tamaña quise conocer la réplica de los acusados—declaro que no deja de haber una gran parte de amarga verdad en ese alegato. El me movió a adquirir la obra y... cuando, después de apuradas sus casi mil páginas, cerré el último tomo, dije para mis adentros: ¡Cómo progresa la humanidad! ¡Si Pilatos hubiera vivido en nuestros tiempos, no se habría limitado a lavarse las manos; imitando al Sr. Teixeira de Sousa, habría aprovechado la ocasión para darse jabón con concienzuda pulcritud y volcar luego las aguas sucias de la jofaina sobre todo el pueblo hebreo!

Porque el libro del último Presidente del Consejo de Don Manuel no es otra cosa que eso. En Portugal, a creerle (y en este punto anda por las vecindades del acierto) no hay nadie libre de responsabilidad en la Revolución; responsable el Rey, responsable la Reina Madre, responsables los palatinos, responsables todos los partidos políticos, responsable el Ejército, responsable la Marina, responsable el país. Sólo hay un inocente: el Sr. Teixeira de Sousa. Y a mi juicio, siempre a otro más fundado sometido,

*ni cet excès d'honneur ni cette indignité;*

ni tan culpable como lo pintan los que, sacudiendo improperios sobre él, se halagan así los oídos para no es-

cuchar la voz de su propia sobresaltada conciencia; ni tan albo, tan puro, tan diáfano—hablo siempre del hombre político, cuyos errores, no cuyas intenciones examino—como él quiere que la posteridad le admire.

Oidme esta tarde, por última vez, y seréis vosotros, no yo, los que, con toda imparcialidad y desapasionamiento, distribuiréis las responsabilidades inmediatas que dieron el triunfo a la Revolución. De las originarias y lejanas ya hablamos en las tardes anteriores.

El partido regenerador del Sr. Teixeira de Sousa—hay que llamarle así para diferenciarlo del regenerador de Vilhena, del regenerador liberal de Franco y del regenerador enriquesta—subió al Poder precedido de un programa y de una reputación; y sabido es que, en todas partes, los pueblos instintivamente dan mayor importancia a las reputaciones que a los programas.

El programa—de 16 de Enero de 1910—inspirado, según decía, en los sucesos de todas partes incluso los de España «que demuestran que el conservantismo es la asfixia» (ya veremos cuan a pulmón lleno respiró Don Manuel merced a estas ideas) era resueltamente liberal; reforma de la Cámara de los Pares, limitación de las facultades del Rey en la disolución y convocatoria de Córtes, modificación de la Ley electoral; y, por lo menudo, una serie de proyectos y de recetas, cuya implantación hubiera requerido no los cien días que vivió el Gobierno, sino los 979 años que cuentan que logró vivir Matusalem.

La reputación... era la de que el Sr. Teixeira compareaba con el Sr. Alpoim (el disidente coautor de la re-



volución fracasada en 28 de Enero); el Sr. Alpoim con el Sr. Costa y el Sr. Machado y el Sr. Chagas y otros; todos ellos con los revolucionarios de acción; éstos con los carbonarios, y los carbonarios con los amigos de los regicidas.

No fué preciso más para que, desde el punto y hora en que se formó el gabinete, se coligaran contra él todos los restantes elementos de la política. Por celos de jefatura, unos; por entender que el llamamiento de Teixeira implicaba el desahucio de los antiguos partidos, otros; por lealtad a la Corona, los que presentían las consecuencias del advenimiento de los asociados con los enigmáticos amigos de Alpoim, a quien reputaban, de corazón, republicano; por temor a persecuciones, las extremas derechas, ello fué que, no bien posesionado del Poder, se formó contra el Sr. Teixeira de Sousa y sus afines, *o bloco* de todos los partidos; progresistas, franquistas, enriquistas, nacionalistas, católicos y miguelistas.

Jurar los *siete satanases*, como desde un principio los calificó pluma de la derecha, y abrirse la espita de los dicterios contra el Gobierno en todas las tinajas de la bodega fué simultáneo. Nadie economizó el léxico de la pelotera plazuelesca. Y menos mal si las palabras gruesas hubieran ido sólo sobre la parroquia del Sr. Teixeira de Sousa y sus diáconos. Pero nó; sueltas las lenguas y las rotativas, ni el Rey, ni la memoria de su padre, ni las intimidades de la Córte, ni el decoro de las Reinas, nada escapó a la pedrea. Pedrea en la que, por cierto, manejaron la honda las exaltadas derechas con supina inconsciencia. ¿Es que no presumían que, si todo caía al empuje recio del colectivo ataque, les alcanzarían a ellas—en cuanto más amaban, orden, religión, propiedad—los efectos del derrumbamiento?

La virulencia de la acometida era tal por parte de esos elementos, aún teniendo la excusa de la reciprocidad, que no sé, en un certamen de desvergüenzas, si la cebolla de honor se la hubieran discernido a ellos o a los revolucionarios. Lo de menos era la *reprise* del viejo repertorio. Un día asustábase a las mujeres desde el púlpito con el anuncio de que *parirían sapos* (el sapo juega, por lo visto, sobresaliente papel en la fauna de la literatura política portuguesa) si sus maridos votaban la candidatura del Gobierno. Otro día se daba aire a la imputación de hechos no suficientemente comprobados, tales como el de haber visto a Teixeira de Sousa pasear públicamente en coche con Alfonso Costa, acusación del periódico católico *Portugal* a la que se dió una importancia que a mí me parece desmesurada, pues no era en la publicidad sino en la clandestinidad de las supuestas conexiones donde radicaba el peligro. Lo peor fué que, en el *crescendo* del vocerío, la injuria rebotaba en los regios alcázares y, al caer de nuevo en el suelo, no eran sólo los blancos, sino frecuentemente los rojos, quienes recogían la pelota para jugar con ella a su albedrío.

Decidido, a pesar de todo, el Gobierno disolvía el Parlamento e iba resueltamente a las elecciones, anunciando y preparando medidas liberales, con las cuales creía, supongo que de buena fé, restar elementos a las izquierdas revoltosas. ¡Gravísimo desconocimiento de la realidad! Ya lo es y grande en cualquier caso creer que los revolucionarios, si lo son de cepa, cambian de condición endulzándoles el paladar con confites: Zapaquilda la Bella saltará siempre de su sillón, en todas las zonas y en todos los tiempos, como vea un ratón que se le antoje golosina. Pero, a las alturas en que la conspiración se hallaba, de lo cual como vimos tenía noticias el Presidente del Consejo desde el primer instante de su vida

oficial en el cargo, pensar catequizarla con decretos y proyectos revela una candidez y una inoportunidad infables. ¡Necia presunción la de un domador de fieras que pretendiera domesticarlas enseñándoles su diploma de socio de la Protectora de animales y plantas!

Vuelto el tapiz del revés, la menos trascendental medida en sentido progresivo—cual v. g. la implantación del registro civil obligatorio, que hace más de cuarenta años tenemos implantado en España sin sospechar que ello sea vulneración nefanda de los preceptos de la Iglesia—servía de pretexto para que por el lado derecho arreciasen las invectivas; y en cambio, no se lograba con tal orientación sino ir satisfaciendo a los revolucionarios que tomaban lo que se les daba y pedían más. Persona tan significada como el Sr. Chagas ha confesado que la política del Sr. Teixeira de Sousa, lejos de provocar entre ellos, los debeladores del régimen, ideas de tregua, les resolvió a aplicarse con más intensidad a la acción revolucionaria y a la propaganda «convencidos, dice, de que el pseudo liberalismo del Gobierno no contrariaba, antes bien, favorecía nuestra acción; entonces fué cuando, hablando en plata, entramos a fondo en la materia.»

Sería marcada injusticia suponer que el Gobierno no se percataba de eso. Lo que sucedía es que se percataba a medias, según él. El Sr. Teixeira de Sousa afirma en su libro, enjugándose las manos, que él no tuvo información ninguna de la Carbonaria; que al llegar él al Gobierno, el Juez de Instrucción criminal tenía abierto proceso contra los complicados en las asociaciones secretas, pero que nunca se conoció su organización; que la policía estaba desorientada hasta el punto de que, según luego se vió, desconocía a los principales directores y propagandistas de la Revolución; que se hizo creer

que había varias asociaciones secretas cuando sólo existía la Carbonaria; y que a lo más que llegaba la policía era a saber que *había numerosos grupos revolucionarios con ocho o diez mil asociados y depósitos de armas*; pero que ignoraba donde existían. ¿No es verdad que, por muy benévola que quiera ser la crítica, resulta de una inocencia paradisiaca un jefe de Gobierno que, sabiendo todo eso, presumía, ante *los numerosos grupos impalpables revolucionarios y los depósitos de armas invisibles*, que para *desarmar* la Revolución—son sus propias palabras—lo que procedía era dictar medidas y adoptar procedimientos que demostrasen que las libertades públicas no eran incompatibles con la Monarquía?

Pues a eso—y a cerciorarse por las autoridades superiores militares, tan ciegas como él, de que ellas no flaqueaban en la confianza de sus subordinados—se redujo toda la política de desarme revolucionario del Gabinete. Renovar, depurar las fuerzas militares de la capital de la Monarquía, no; destinar a las colonias los marinos sospechosos, tampoco; apoderarse de los jefes revolucionarios, ni pensarlo; medidas preventivas, pues, ni una: el espíritu sólidamente democrático del Sr. Teixeira las tenía horror. Según él, recordando lo del 28 de Enero, hacerlo podría ser peligrosísimo para la persona del Rey; lo mejor era dejar venir a la calle la Revolución, como en la insurrección de Oporto y sofocarla allí con el esfuerzo de las tropas fieles. ¡Cualquiera diría, leyéndole, que, tomado ese partido—equivocado a mi juicio, pero un partido al fin—se desvelaría el Gobierno por sondear la guarnición de Lisboa, por asegurarse de su fidelidad, para dar en las calles la batalla a la Revolución! Pues no hubo tal: al Gobierno lo que le traía a mal traer eran los rumores de *intentonas* para

hacer una *saldanhada*; las noticias de que la oficialidad monárquica se agitaba para dar un golpe de Estado, salvar al Rey y, naturalmente, derribar al Sr. Teixeira.

También a esos elementos había que *desarmarlos*. Pero así como a las izquierdas pretendía desarmarlas el Ministerio por medio de la persuasión, a las derechas no veía otra manera de reducir las que... irritándolas. Y un día es el rapapolvo al Arzobispo de Braga porque, sin el debido permiso del Poder civil, el Prelado comunicó al periódico católico *La Voz de San Antonio* una carta amonestación del cardenal Merry del Val, en nombre del Santo Padre; otro, es la disolución de la Congregación del Colegio de Aldeia da Ponte; otro, el decreto ordenando la investigación de si existían en el Reino comunidades secretas (religiosas, naturalmente; de las civiles y criminales, no se inquietaba el Gobierno; le bastaba con esperar serenamente que se atrevieran *a venir na rua*); otro, era la conducción hasta la frontera, entre guardias, de los religiosos espulsados (a los carbonarios no había que acompañarlos tan aparatosamente, porque nadie se metía con ellos)... *et sic de cæteris*.

¿Qué de extraño tiene, pues, que ante política tal, frente a plataforma tan anticlerical desde un principio, el partido nacionalista católico se sumase resueltamente al *bloco* contra el Gobierno? Vamos a él—decían los nacionalistas en un manifiesto—«porque es una afrenta ver al frente del país una fracción aliada de los disidentes y de los republicanos, los dos partidos que hicieron la revolución de 28 de Enero y cuya influencia en la tragedia del regicidio es todavía un misterio.»

Tan sabia política no podía menos de conducir al de-

sastre. ¡Como que su eje, su muelle real consistía en apartar del Trono a los tradicionales defensores del régimen, y en obedecer mansamente las inspiraciones de sus destructores jurados! Y éstos y sus asociados eran insaciables. Todavía, la víspera de la Revolución, José Alpoim, el *Deus ex-machina* del Gabinete, publica una carta incitando al Rey a persistir en la persecución de los religiosos. «El Rey no puede olvidar que *para ser Rey*, dice, fué preciso que su tercer abuelo, *por un decreto de su propia mano*, expulsase frailes y jesuitas... *La Monarquía portuguesa puede y debe vivir*, pero el Rey está irremediablemente perdido, condenado, si en el espíritu público se forma la convicción de que los protege. Su propia honra le obliga a no transigir con ellos.» ¡Cuán sarcásticamente sonarían en los oídos de D. Manuel, si alguien se las leyó en el destierro esas palabras: *La Monarquía portuguesa puede y debe vivir*, si a renglón seguido le leyeron este suelto publicado por *El Mundo* tres días después: «La adhesión del Sr. Alpoim y sus amigos es lógica (¡ya se había adherido a la República!) Son elementos que, dentro de la Monarquía nos han prestado valiosos servicios... *Eran hace mucho tiempo nuestros* en el más amplio sentido de la palabra.»

¿Llegó a arrepentirse, aunque tardíamente, D. Manuel de haberse entregado a ese partido que, aunque suene a irrisión el apellido, se llamaba regenerador? El Sr. Teixeira de Sousa parece ser que lo sospechó así, y la verdad es que no faltaron indicios ni motivos de ello. Si la Corona confió su suerte a un partido en tan buenas relaciones con las izquierdas, ¿no es lógico suponer que contribuiría a esta decisión la esperanza de que su actuación produciría entre las revolucionarias un efecto disolvente? Pues ved el primer palpable resultado: al

llegar la hora de las elecciones, el Gobierno no tuvo más apoyo que el de los disidentes alpoimistas y el de los elementos meramente oficiales; las masas políticas monárquicas siguieron al *bloco*; y atentos como siempre a su labor los revolucionarios, sucedió... lo que era fatal, indeclinable: Lisboa eligió 13 diputados republicanos. ¡Se había lucido, como electorero, el Sr. Ministro *do Reino* D. Antonio Teixeira de Sousa!

Como indicio, *como aurora boreal*, según decimos en nuestra gerga política, hubo uno sumamente alarmante. No más que al día siguiente de promulgarse uno de los decretos anticlericales, D. Manuel ingresaba en la Hermandad del Santísimo y la concedía el título de Real. ¡Calculad el revuelo que esto promovería entre los *siete satanases*! Aquello era intolerable, insoportable para la dignidad del Ministerio. El Satanás mayor reunió el Consejo, y por unanimidad acordaron llevar al Rey, planteando la cuestión de confianza, un decreto radicalísimo por el que se clausuraban todos los establecimientos de enseñanza religiosa. Y ¡atended a lo sorprendente del caso! El Rey no firma el decreto:—Pugna, dice, con mi dictado pontificio de Fidelísimo.—Mas ratifica su confianza al Gobierno en términos que debieron ser tan sobremanera sugestivos que el Sr. Teixeira se lleva a su casa, en el mismo cartapacio, el decreto no sancionado y la dimisión no admitida. Transigí—escribe—y me quedé, no con placer, sino como un gran sacrificio: la borrasca revolucionaria se aproximaba.

¡Y tanto como se aproximaba! Veinte días después estallaría la Revolución. El Sr. Teixeira de Sousa había contraído en esa entrevista, según sus propias palabras, «la obligación de corresponder a la confianza del Rey *ate o sacrificio*». Nadie le hará la injuria de suponer que la intención de sacrificarse dejó de asistirle ni un mo-

mento, y acaso la eventualidad que le causó una herida cuando el Rey ya no estaba en Lisboa le privaría de llevar a cabo su propósito. Pero si D. Manuel, en sus horas de soledad primero en Las Necesidades, y en las de su partida para la emigración después, recordó la magnitud de aquel compromiso libremente contraído, pocas decepciones sufriría el infeliz príncipe, en las acia-gas horas, comparables a la desilusión de advertir que su primer consejero, el depositario de sus poderes en el trance decisivo, no hallaba medios eficaces de traducir en útiles hechos aquel su arretrato de abnegada lealtad.

Y vedme aquí, más vacilante aun que en el resto de mi empeño, ante el desenlace del drama: la Revolución. Os aseguro que me acerco a él suspenso el ánimo y temblorosa la pluma. Nunca, creo, haya vacilado tanto historiador ninguno frente a una Revolución que duró día y medio, causando en total 78 muertos y unas 250 víctimas más entre heridos graves y leves, lesionados y contusos, incluyendo entre las causas choques de automóviles, caídas de caballos, etc. No es, pues, el horror de la hecatombe ni la magnitud del ciclo lo que me embaraza; es el temor de rozar la susceptibilidad, el patriotismo portugués.

Porque no habrá quien crea, y menos yo siendo español, que para subvertir dignamente, proporcionadamente un régimen, haya que invertir centurias ni nadar en mares de sangre. Cabalmente, en España, durante siete años, desde el 1868 al 1875, cambiamos cinco veces de bisiesto en semi-incruenta rotación y transformación de sistemas gubernamentales. Pero ¡es que todo eso lo hicieron nuestros padres casi sin prosopopeya alguna: un



poquitín ampulosos de vez en cuando, es cierto; pero la mayor parte del tiempo cantando el himno de Riego y el de Garibaldi, el Trágala, los *Cuatro Sacristanes*, el duo de los *Puritanos*; bromeando en los periódicos satíricos; riéndose ante las caricaturas; escribiendo versos de circulación clandestina que levantaban ampollas y arrancaban carcajadas; resignados, ¿cómo no?, ante aquella grotesca necesidad de abastecer a cada paso de provisiones la despensa *porque se iba a armar la gorda*, y compensando con el posible buen humor las no escasas preocupaciones de una época calamitosa!

Nuestros vecinos, por el contrario, vencedores y vencidos, han dado proporciones épicas a su Revolución. Cualquier suceso transcendental de esos que han dejado huella indeleble en la historia del Mundo ha tenido su remedo, no sé si en algún caso aventajándolo, en aquellas jornadas; y ¿no estáis ya explicándoos la dificultad de que pueda yo, extranjero y por naturaleza desapasionado, pulsar la lira en armonía con el canto que proezas tantas han arrancado a los escritores portugueses? De ahí mi perplejidad. Procuraré vencerla en obsequio a vuestra curiosidad, arrinconando el verso heroico y narrando en prosa lisa y llana los sucesos.

Si es cierto, como opina un cronista de la sublevación, que un mero incidente de ésta es una «escena de epopeya, digna de la pluma grandiosa de Víctor Hugo», ante la imposibilidad de imitarla mi relación no será, a partir de aquí, un boceto histórico, mal pergeñado, pero con cierta presunción de obra personal; me limitaré a repetir fonográficamente, o poco menos, versiones ajenas. Clio —excusadme si también me doy tono— desciende de su pedestal, se desviste la clámide, arroja la cítara, encierra bajo llave la clepsidra, descálzase el coturno, y como personaje galdosiano, desde ahora va,

con vuestro permiso, a presentarse ante vosotros en zapatillas y con un raído trajecillo hechura de sastre, no comprado en la *rue de la Paix*, sino en un cuarto tercero de nuestra calle de la Paz. Si hasta aquí vistéis en mí a un escritorzuelo con ciertos humos de historiador, ¡se acabaron las pretensiones literarias! Mi trabajo será, a partir de ahora, la gacetilla de un *reporter* hecha a la ligera y a la tijera.

Los hechos se comentarán por sí solos, en compendiada síntesis, de la cual únicamente destacaré, como lo vengo haciendo, para no embarullar vuestra atención, lo más culminante en cuanto a sucesos y lo más conocido para vosotros en cuanto a personas. Así economizaré, además, ocasiones de injusticia y de error; pero aun para los que cometiere, espero que se me absuelva, en gracia a mi falta de intención, así como también confío en que se entenderá que la exposición del conjunto de los hechos lleva tácitamente al margen, sin necesidad de puntualizar caso por caso, el respeto y la consideración hacia cuantos vertieran su sangre en defensa del respectivo ideal o en el cumplimiento del deber.

Días hacía que Portugal se honraba con la visita del almirante Hermes de Fonseca, Presidente de la República del Brasil. ¡Quién habría de decir al Rey D. Manuel que el Estado que nació a la vida política a la vez que él vino al mundo iba a asistir, representado por tan egregio delegado, a la caída de su trono! Ajeno y bien ajeno a ello, a pesar de la casi no interrumpida zozobra, debía estar el Rey mientras organizaba, en honor de su huésped, las fiestas y agasajos de ritual. Fuera

de ellos hubo también otro homenaje improvisado: una manifestación popular que, desfilando el día 2 de Octubre de 1910 ante el Palacio de Belem, donde se alojaba el ilustre viajero, sirvió de ocasión para recontarse revolucionarios y *ojalateros* y para que unos y otros se ensayasen en chillar a grito herido: ¡Viva la República!

Mas no era esa movilización ostentosa de fuerzas la única ocupación de los conspiradores. Noticiosos de que el Gobierno se proponía sacar de su fondeadero de Lisboa los barcos de guerra—aun cuando quizá no fuera con otro intento que el de repetir la maniobra de dos meses antes, cuando estuvo a punto de estallar otra insurrección y el Gobierno Teixeira se limitó a ordenar que los barcos salieran y entraran Tajo arriba y Tajo abajo sin cuidar de *carenar* su tripulación como la más vulgar prudencia aconsejaba—el Comité directivo, que, a su vez, había encomendado la jefatura del movimiento así como la fijación de la fecha, al almirante Cândido dos Reis, determinó, de acuerdo con éste, que la hora del comienzo de la Revolución sería la madrugada del día 4 de dicho Octubre.

Por iniciativa del almirante, la contraseña o señal de inteligencia serían esta pregunta y su respuesta: *¿Mandoume procurar?... Pase, cidadão*. El doctor Miguel Bombarda, depositario de un plano general del movimiento, quedó encargado de transmitir la consigna a los jefes de los grupos civiles. El comisario de Marina Machado Santos tomó a su cuidado comunicarla a los elementos militares; y ¡para que se vea hasta dónde llegaba la ceguera, la torpeza o la complicidad de la policía! el citado día 2, cerca de 40 oficiales entraban a *formiga* en una casa del Chiado, como si dijéramos, nuestra calle del Príncipe, a las cuatro de la tarde, en pleno centro de

Lisboa (1) para recibir las órdenes revolucionarias! Nadie les molestó. Allí quedaron también enterados (los conjurados, *ça va sans dire*; la policía no se enteró de nada) de que el cuartel general del Directorio sería el establecimiento de baños de San Pablo.

Todo estaba, pues, prevenido para que la Revolución empezara en la noche del 3 al 4, cuando, en la misma tarde del 3, un suceso fortuito y un exceso de celo de los más impacientes estuvieron a punto de comprometer el éxito.

El Dr. Bombarda, una de las principales de la acción revolucionaria, hallábase en su despacho del hospital de Rilhafolles cuando un demente se hizo introducir cerca de él y, sin hablar palabra, le descerrajó a quemarropa dos tiros de revólver, a consecuencia de los cuales fallecía cinco horas después en el hospital de San José.

La noticia corrió por Lisboa como reguero de pólvora. Y para que no se difundiera sin un comentario envenenado, el periódico de mayor circulación del Estado vecino, *O Seculo*, que tiene su sucursal en el Rocio, (nuestra Puerta del Sol), la escribió en sus pizarras añadiéndole la siguiente bien intencionada coletilla: «El pueblo está convencido de que el asesinato es obra de los clericales». Lo mismo decía, en un *placard*, *O Mundo*, y como observa agudamente Alvaro Pinheiro Chagas, frente a tales carteles «el pueblo, ese mismo pueblo, de quien se afirmaba que estaba convencido de que el cri-

---

(1) Para facilitar al auditorio una mejor comprensión del desarrollo de los sucesos, a partir de este párrafo me serví de un croquis que, de los sitios en que principalmente se desarrollaron los sucesos, tuvo la bondad de trazar en el encerado, con gran acierto, nuestro compañero D. Antonio Villegas y Chacón.

men era obra de los clericales, sufría la sugestión de las impresiones que así se le atribuían desde el primer momento».

Hubo carreras, tumultos, sacerdotes perseguidos, vacilación en la revolución organizada acerca de la conveniencia de echarse a la calle... y, por fin, convencidos los directores de que el movimiento podría desquiciarse si se emprendía prematuramente, dieron contraorden, exigiendo a todos esperar a la hora señalada para iniciarlo.

A prima noche, en el palacio de Belem se celebraba un banquete organizado por el almirante brasileño en honor del Rey, convite al cual debía asistir el gobierno. D. Manuel, que a este efecto había ido solo, desde Cintra, donde residía, se hallaba en el Palacio das Necesidades. A la hora marcada salió de él en automóvil y sin escolta, dirigiéndose a la residencia del anfitrión americano.

El Presidente del Consejo y Ministro del Reino tenía ya, según él refirió al entrar en Belem, noticia de lo que se tramaba. El mismo dice que fué a la residencia de Fonseca «más para prevenir al Rey, a los ministros de Guerra, Marina y Hacienda y a los comandantes de la división y guardias municipales que no para comer. Durante el camino obtuve la certeza de que en esa noche se haría la Revolución». Y luego refiere al pormenor que se lo dijo a todos ellos; que a ruego del Rey, y por no alarmar se quedó a la comida, de la que se suprimieron algunos platos; que aconsejó al Infante D. Alfonso que se retirase a Cascaes; que pensó en que el Rey volviese a Cintra, pero por indicación del ministro de Negocios Extranjeros, Acevedo Castello Branco, se convino en que se trasladase a las Necesidades; que desde allí dió orden, por medio del ministro de Hacien-

da, a la guardia fiscal para que se retirase a sus cuarteles; que ordenó asimismo a la policía que se reconcentrase en las Comisarías, y que, después de esto, convocó para luego en su casa a los ministros, y despidiéndose del Rey a las nueve y media de la noche, se dirigió a su domicilio, Largo de San Sebastián de Pedreira, para donde citó asimismo al Juez de Instrucción... Ya no había de volver a ver a S. M.

Calculo que os quedaréis maravillados de tan previsoras disposiciones. Merced a ellas, el Rey volvió a *As Necesidades*, por donde no aportó ni un solo ministro aquella noche ni en todo el día siguiente hasta su partida para la emigración; los carabineros quedaron encerrados en sus cuarteles, mientras se colaba de matute la República; la policía, en sus retenes, porque fuerza tan preciosa no podía malgastarse exponiéndola, si se la diseminaba, a que la cazasen los revoltosos; el Juez de Instrucción, charlando con los ministros en casa del Presidente... y los revolucionarios, dueños de dar principio a sus planes cuando les viniera en gana o conviniera a su propósito.

Sin embargo, no se precipitaron, animados por tanta complacencia gubernamental, los conjurados. Hasta cerca de media noche no se reunieron en el balneario de San Pablo los directores de la rebelión; Alfonso Costa, Eusebio Leao, Almeida, Chagas, Stefanina, Silva, Alfredo Leal y otros. El tiempo trascurría, llegó la una de la madrugada y... nada se movía. El desencanto empezó a invadir los ya de antiguo escamados espíritus de los jefes de la conspiración. ¿Se repetiría el mal paso del 28 de Enero?... Por fin, a la una y veinte minutos suenan tres tiros de cañón en el *Adamastor*. La señal convenida no era esa, pero, por lo menos, aquello significaba algo. Los conspiradores de acción, esparcidos por toda Lis-

boa, se deciden a moverse, aunque un tanto desorientados y desorganizados. ¿Qué había ocurrido? El suicidio del Almirante Cándido dos Reis, cerca del Tajo—por causas y en circunstancias aun no del todo esclarecidas—había, concurriendo con otros factores, privado al movimiento de todo método. El desconcierto cundía. ¡Si por parte de las autoridades monárquicas no hubiera habido tanta inconsciencia—los mismos republicanos lo confiesan—el movimiento hubiera abortado entonces!

Pero ¿qué hacía mientras tanto el Gobierno? He de sobreponerme a la tentación de leeros el relato que de la reunión o sesión permanente del Consejo de Ministros en casa de su Presidente, hizo un testigo presencial. Ya empieza por ser original que a una junta tal, y en circunstancias tan trascendentales, asistan personas que en ella no tenían voz ni voto; pero aun es más extraordinaria la vacuidad de sus deliberaciones. Ya digo que no copiaré el relato; roza tanto lo personal y reviste aquel por demás anormal Consejo de caracteres tan cómicos, que paréceme rebasaría los límites que me he trazado si os lo diera íntegro a conocer. Pero sumariamente os diré que, reunidos en el Largo de San Sebastián de Pedreira los ministros todos—(a una distancia en relación con la morada de su Rey como la que aproximadamente media entre nuestro Palacio Real y la Avenida de la Plaza de Toros)—su ocupación no fué otra, desde las once de la noche del 3 hasta mediada la mañana del 4, según quien lo cuenta, que colgarse de los teléfonos, oír lo que les comunicaban y cambiar impresiones. Aquello más que un Consejo de Ministros parecía una agencia de información. Todo se reducía a pedir noticias, comentarlas, y *sólo dos veces* trasmitirlas al Rey; la primera a las dos de la madrugada, y a llamada suya, para decirle que hasta entonces no había sino motivos

de precaución—¡y ya estaban sublevados los barcos!—; la otra, a las nueve de la mañana, para recomendarle que urgentemente se marchara de las Las Necesidades. El Presidente, si es veraz el cronista, no encontraba para el árduo caso, sino soluciones de todo en todo incongruentes con los apremios del momento; ya era que había que disolver los cuerpos insurrectos y dispersar la oficialidad en provincias (¡dolor grande que algo por el estilo no se hubiera pensado meses antes!); ora, que sería muy útil mandar cambiar de fondeadero a los barcos, sin tener en cuenta el proponente que, a aquellas horas, como alguien observó, si lo cambiaban sería porque a bien lo tuvieran los marineros que eran ya sus absolutos dueños... El Ministro de la Guerra recordaba la leyenda de nuestro famoso general Areízaga, el de la Batalla de Ocaña; si no exclamó—¡La que se va a armar!—le faltó poco... El de Marina, el de Obras, que allí tiene a su cargo las comunicaciones, los demás, en fin, nada hacían sino telefonar y referirse mutuamente lo que el teléfono les trasmitía. ¡Lástima de mala noche! El único que mostraba darse cuenta del ridículo de tal situación y tener sentido de lo que procedía hacer (y reitero, aunque parezca pesadez, que extracto versiones ajenas) era el Sr. Acevedo Castello Branco, que nervioso, impaciente, manifestó varias veces su disconformidad con aquella pasividad colectiva; vivamente insistió en que había que hacer algo más para que el desorden cesase antes del nuevo día; entendía que el puesto de los consejeros del Rey era al lado de éste, y que allí bastaba con que hubiera un sólo ministro para lo que fuera preciso; y en fin, al ver las vacilaciones de sus compañeros ante la pregunta de un jefe de fuerzas que venía por instrucciones, él mismo se las dió, no sin que el Presidente murmurara (y el relator asegura haberlo oído)



por entender que debían quedarse allí puesto que eran escasas las que custodiaban su residencia y las preciosas vidas de los ministros.

Haya o no parcialidad en el cuando menos humorístico relato, el sólo hecho de aquella estéril encerrona es, por muy predispuesto que se esté a la indulgencia, bastante para censurar un pensamiento de gobierno que consistía, según parece, después de tanto hablar de que había que dejar a la Revolución que saliese a la calle, en quitarse de en medio para verla pasar. Por mucha eficacia que se conceda al empleo predominante de la represión, y no es este por cierto el procedimiento más democrático imaginable, paréceme que a un Gobierno le debe quedar, en noche de revuelta, margen para misión más activa. Si a esto se añade que no faltó en aquellas horas decisivas la visita del ambiguo Sr. Alpoim a su aliado, no extrañaréis que sus adversarios afirmen que el último Gabinete de D. Manuel tenía por las apariencias un soberano y no ciertamente saludable desprecio.

Pero, al menos, mientras el Ministerio se limitó a deliberar, si deliberar era aquello, en casa de su Jefe, es evidente que pudo pecar por omisión, no por acción. Tal vez hubiera sido mejor que no cambiase. Cuando, mediada la mañana del 4, varios tiros de cañón dirigidos por los revoltosos desde el Parque de Eduardo VII contra el domicilio del Presidente, les hicieron caer en la cuenta de que... la guardia que estaba a su puerta podría ser mas útil en otra parte, resolvieron los ministros levantar el campo y trasladarse ¿al lado del Rey? no; al llamado Cuartel general, o sea la Capitanía general que diríamos nosotros, desde donde el Comandante de la División, general Gorjao, asumía el mando de las fuerzas leales.

Y allí ya la acción sucedió a la omisión, pues el Go-

bierno, no obstante estar encomendada la solución del conflicto al brazo militar, quiso asistirle con sus luces, servicio del cual puede juzgarse en este detalle; por inútiles, cuando no por estorbosos, estuvo a punto de mandar detener a los ministros, *con muchísimo respeto*, el ayudante del Comandante general.—Prefería, dice, verme cercado de bocas de fuego que de las bocas de aquellos paisanos, proponiendo constantemente planes de estrategia a cual más descabellado.—No hay, ciertamente, tampoco, motivo de grandes loores para los estrategas del Estado Mayor, por lo que hicieron en aquellas jornadas; pero si cito el incidente es como demostración de que, unas veces y en muchas materias por su abstención, y otras por invadir esferas que eran privativas de elementos distintos, el Gabinete que asistió a los últimos momentos de la Monarquía portuguesa, no puede realmente pavonearse de su acierto en las circunstancias aquellas.

Volvamos de nuevo la atención al campo revolucionario.

Dominada la incertidumbre de los primeros momentos que ya cuidé de reflejar, la carga subversiva del ambiente era tan densa, tan saturado estaba, que a pesar de la desorganización con que se dió principio a la acometida, los chispazos aislados que surgieron en distintos puntos, fueron suficientes a encender el fuego.

Los grupos civiles oyen disparos que les enardecen, los soldados carbonarios que se han acostado apercebidos para formar en cuanto suene el primer tiro, se precipitan a los patios de los cuarteles, unos cuantos ginetes corren de acá para acullá ponderando la decisión con

que todos los conjurados se aprestan a morir por las libertades nacionales, y aunque es posible que en sus arengas ponga gran parte la imaginación y aun la mentira interesada, pues no todos los oficiales comprometidos comparecen y ni en la ciudad ni en el río se advierten señales de enconadas luchas, la fértil fantasía de nuestros vecinos pone el resto. «Es cuanto basta—escribe Hermano Neves—; se baten y mueren, la intensidad de la fusilería hace pensar en la cantidad de cadáveres que a esa hora deben yacer sobre la desnudez fría del enlosado. Los revoltosos espiran gloriosamente, como los héroes de las Termópilas, defendiendo el ideal porque combaten.»

Termópilas aparte, es, en efecto, cierto que antes de rayar el día, se había realizado el sueño del Sr. Teixeira de Sousa; la Revolución estaba *na rua*. Tres fueron los focos principales: los cruceros *Adamastor* y *San Rafael*, que desde un principio, presos o heridos los jefes, quedaron en poder de la marinería y mandados por oficiales subalternos; el cuartel de marineros del Barrio de Alcántara, casi al pie de Palacio; y el cuartel de infantería, 16.

Los cruceros sublevados lo fueron frente al Terreiro do Paço. Es esta una gran plaza situada al lado del Tajo, de la cual parten las dos principales arterias de la ciudad baja, Rua Aurea o do Ouro, y Rua Augusta, que, paralelas, llegan perpendicularmente hasta la Plaza de D. Pedro IV, o Rocio, centro de la vida lisboeta. Aunque la insubordinación de los barcos no se tradujo, durante las primeras horas de la madrugada, en acto alguno agresivo respecto de la población, es innegable el efecto moral que en los conjurados produjo la certeza de que podrían contar con el amparo de los barcos fondeados en punto tan amenazador. Ya de día ambos navíos des-

cendieron aguas abajo y en las primeras horas de la mañana empezaron el bombardeo del Palacio, secundando la acción del cuartel de marineros. Uno de los primeros disparos abatió el pendón real, haciendo trizas el asta de la bandera.

En el cuartel de Alcántara, tan pronto como sonaron los tres cañonazos del *Adamastor*, la marinería que fingía dormir aprisionó a los oficiales de guardia, hirieron a los que se resistían y apoderándose del edificio, dieron entrada en él a los *populares*, los armaron, y no sólo se hicieron fuertes en el cuartel, sino que hasta salieron a la calle. Fuerzas de caballería los atajaron, acudiendo a defender la residencia del Monarca, y los populares hicieron frente a las fuerzas del ejército, utilizando además de la fusilería de que se apoderaron en el parque, las bombas de mano que a prevención llevaban. Sin embargo, emprendieron pronto la retirada y volvieron a su guarida, donde esperaban recibir antes de mucho el apoyo de los barcos de guerra.

El tercer foco de la insurrección fué, como dije, el cuartel de infantería, 16, situado en la parte alta de la ciudad a mitad de camino proximamente entre el Palacio Real y el Parque de Eduardo VII, a cuyo pie se halla la Plaza del Marqués de Pombal, conocida más comúnmente por la Rotunda. Machado Santos se había reservado para sí el mando de este regimiento, con parte de cuya soldadesca se contaba, pero no con su oficialidad. Son curiosos algunos de los detalles que de su intervención facilita el propio famoso comisario de Marina, que es quizá el más simpático, por su *bonhomie*, su llaneza y hasta su desinterés en la hora del triunfo, de todos los actores de la Revolución. Así, por ejemplo, nos refiere que desde luego se endosó su traje de gala para que el brillo de las *dragonas* (charreteras) supliera la falta de

anchos galones que no tenía.—Creo, escribe, que fuí el único oficial que se preparó para la muerte como para una boda.—Y luego demuestra que el efecto decorativo de sus dragonas no fué perdido, pues produjo, por lo menos, dos resultados importantes; uno, el de que cuando asomó al frente de su pequeña columna por la Avenida Alejandro Herculano, los exploradores de las tropas monárquicas creyeron que aquella era numerosísima puesto que venía al mando de un oficial general e inmediatamente huyeron *apavorados*; otro, que al ser cercado por la policía en un edificio donde se acogió, abrió la puerta y, según él, al ver un hombre tan vistosamente dorado, salieron escapados como liebres. Todo por obra y gracia de las charreteras.

Pues este general improvisado llega a la una menos cuarto de la madrugada histórica al cuartel que buscaba; el centinela, como dice Machado, *no resiste a un abrazo mío*, le abre la puerta; los soldados que, sublevados ya, habían matado al comandante y al capitán de guardia, gitan ¡viva la República; y saliéndose tras él unos doscientos hombres, sigue para el cuartel de artillería 1, más próximo ya al citado Parque, cuartel del cual, según él asegura, a fuerza *de diplomacia y de cariño* consigue llevarse una batería. Continúa su camino y antes de que amaneciera ya estaba emplazado el campamento, que había de ser célebre, de la Rotunda, en lo alto de la Avenida de la Libertad.

Empezó, pues, el día 4 de Octubre en plena revolución. Sin embargo, a pesar de algunas escaramuzas y tiros aislados, y hasta de un pequeño combate entre las avanzadas de la caballería leal y los secuaces de Ma-

chado Santos antes de la definitiva instalación de éstos, el fragor de la disputa no debió ser mucho, pues un cronista amigo de los revoltosos cuenta que la ciudad entró en el día con un aspecto de relativa tranquilidad. «La mayoría de los habitantes continuaba haciendo su vida de costumbre; a las nueve de la mañana, salvo las casas cuyas proximidades eran teatro de lucha, en las otras el eco del movimiento es débil. A la hora habitual, el panadero, el lechero, el carro de la basura aparecieron. Por las ventanas abiertas cabezas curiosas interrogaban sorprendidas el azul del cielo.»

¡Ya hubo quien supo interrogarlo y entenderlo! A esas horas, un viajero francés, que se asomó a su balcón, adquirió la convicción de que la Monarquía estaba irremisiblemente perdida. Desde su observatorio vió que las bombas de los barcos de guerra caían una tras otra sobre el Palacio de las Necesidades sin que cañón alguno diera la condigna respuesta ni se advirtiera en la población movimiento de socorro al Rey. ¿Qué más hacía falta para estimar que estaba ya virtualmente destronado?

No se hallaba totalmente indefenso el Palacio; pero la escasez de elementos militares de confianza con que, para atender a reprimir una revolución en ciudad tan extensa, accidentada y diseminada, contaba un Gobierno que, por lo menos desde veinte días antes, sabía que la borrasca revolucionaria se aproximaba y esperaba vencerla *na rua*, no permitía dotar suficientemente ninguno de los puntos de defensa que más podían interesar. En torno de la morada real había Infantería, guardia municipal y Caballería que, aunque no con gran éxito, rechazó los primeros ataques de la marinería y de sus ametralladoras; y hubo también al principio artillería, pero entre siete y ocho de la mañana se retiraron las baterías por orden del Cuartel General, pues hacían

falta para ocupar posiciones que dominasen el campamento de la Rotunda. Cuando, al ser de día, el crucero *San Rafael* y su compañero de revuelta acudieron a secundar con sus tropas de desembarco la acción de los marineros de Alcántara, y desde Palacio se advirtió la posibilidad del bombardeo, llamóse apresuradamente al Cuartel General pidiendo insistentemente que se mandase artillería para proteger al Rey; pero el teléfono funcionaba mal y no daba respuestas concretas. Mal hubiera podido darlas de todos modos, porque, según luego se supo, no había en Lisboa más artillería leal que la que acababa de abandonar la Plaza das Necesidades por hacer falta en otro sitio. A placer, pues, pudieron los cruceros largar andanadas sobre el Palacio, las cuales producían el doble efecto de hacer blanco en el tradicional albergue de la realeza y de sembrar en las tropas que lo custodiaban el acostumbrado desmoralizador y paralizador espanto.

Tampoco estaban muy serenas, por su parte, las fuerzas sublevadas que acamparon en la Rotunda. Los oficiales que habían seguido a Machado Santos, advertidos de que el resto de la guarnición no secundaba el movimiento, y sabedores de que en el Rocio, a espaldas de la Plaza de los Restauradores, es decir, en el otro extremo de la Avenida de la Libertad (nuestra plaza de Castelar, pongamos por ejemplo, a un extremo, y nuestra plazoleta de la estatua del General Concha al otro) se hallaban concentradas numerosas fuerzas que suponían adictas a la Monarquía, se reúnen en consejo y deciden desertar ellos y dejar en libertad a sus soldados para que tornen a sus cuarteles. Machado Santos se queda solo (fué el momento de su Waterlóo de que en la primera conferencia os hablé), reúne los nueve sargentos que le quedan y, con un efectivo aproxi-

mado de 200 militares y el concurso entusiasta, pero perturbador, de los populares armados se dispone a resistir. A su juicio, dueño él de la Rotunda y de los barcos los marineros, Lisboa, representada por las fuerzas reconcentradas en el Rocio y la Plaza de los Restauradores, cogida entre dos fuegos, tiene que capitular. Ya veremos cómo y por qué acertó.

No se presenta, sin embargo, fácil para los sublevados la resistencia. Las baterías leales de Queluz, aquellas que vimos retirarse de Las Necesidades y de cuyo mando se hizo cargo, al dirigirse a su nuevo emplazamiento, el Sr. Paiva Couceiro, habían quedado emplazadas en las inmediaciones de la Penitenciaría, sobre una altura dominadora de la Rotunda. La competente dirección del ilustre artillero se conoce bien pronto. Certerísimas granadas, el mismo Machado lo atestigua, caen sobre el montón insurrecto. Media el día. La situación se hace comprometida porque no acuden a apoyar al tenaz comisario de Marina sino elementos sueltos. Pero le estaban reservadas dos sorpresas agradables; una, la inesperada retirada de la dañina batería de Paiva, que el Cuartel General, disponiendo de ella para todo y a cada instante, llama para situarla en la embocadura de las dos calles Augusta y Aurea, que bajan al Tajo desde el Rocio (por las cuales se teme que ataquen los marineros desembarcados y los cañones de los barcos); otra, una valiosísima confianza que le traen: las fuerzas de infantería y de cazadores que desde la otra punta de la Avenida contestan débilmente sus fuegos, no esperan sino una ocasión propicia para rebelarse también. Quien se lo dice está autorizado; son unos cuantos desertores que, escondiéndose por el túnel que arranca de la Estación Central del Rocio y llega hasta Campolide, han bajado luego al campamento republi-



cano. Machado Santos se entusiasma tanto que considera que aquella escapada por el túnel es digna de ser historiada por Jenofonte (!).

Pero la noche llega, sin que varíe la situación de los combatientes.

En el Río, los populares y marineros de los otros barcos han ido al abordaje, apoderándose del *Don Carlos*. Por el centro de la ciudad, todo está aproximadamente lo mismo; pero los *placards* de los periódicos acaloran a la multitud, contándole que el Soberano, perseguido, se ha acogido a la Legación de Inglaterra; que Cándido dos Reis está vivo y sano al frente de la Marina sublevada, etc... En la Capitanía general los ministros se convencen al fin de que están de sobra, y se dispersan. El Sr. Teixeira de Sousa se dirige a tranquilizar a su esposa y, en una calle solitaria, es herido gravemente, según él; levemente, según sus implacables adversarios; pero de todos modos bastante a inmovilizarle y a requerir los auxilios facultativos, que le prestó, por cierto, el doctor Vasconcelhos, posteriormente, durante algún tiempo, ministro en España de la República portuguesa. Y Lisboa, en fin, mal duerme aquella noche porque los *boatos* (rumores) casi ensordecen más que los disparos y los timoratos sueñan con despertarse en medio de una espantosa carnicería...

Pues nada de eso hubo. Al salir el sol, la artillería de los cruceros se disponía a enfilear las calles que unen al Rocio con el Terreiro do Paço y a proteger así el desembarco de los marinos. No hay que llegar a tal extremo. Gran parte de las fuerzas acampadas en la citada plaza toma el acuerdo de negarse a hacer fuego contra los sediciosos, y así lo comunican a los de la escuadra. Era la confirmación de la noticia que llevaron a Machado Santos los persas modernistas del túnel.

Pero esta decisión no llega a oídos del Encargado de Negocios de Alemania, a quien preocupa la suerte de varios de sus compatriotas, que, para embarcar, necesitan atravesar por medio de los grupos enemigos. La seguridad personal de los súbditos del Emperador Guillermo influye entonces por impensado modo en el desenlace; el diplomático alemán acude al General Gorjao, Comandante de las tropas leales, pidiéndole un armisticio de una hora, a fin de que sus nacionales se pongan a salvo; el general accede por su parte, pero le indica que pida igual concesión a Machado Santos, y el Encargado de Negocios se dirige Avenida arriba, precedido de una bandera blanca. Los populares y la soldadesca que le ven partir entienden que aquel parlamentario es un emisario del general, y que es éste quien pide la paz y el que se rinde; las filas se rompen; los fusiles se cuelgan al hombro; se vitorea a la República, y el grito de triunfo recorriendo de punta a cabo toda la hermosa, ancha, espléndida avenida llega desde el Rocio a la Rotunda casi a la vez que el representante del Imperio alemán, involuntario actor del precipitado epílogo.

Machado Santos monta a caballo y se dispone a aprovechar el armisticio para aproximarse al campamento frontero. El pueblo lo desmonta, lo sube en hombros, le arranca, frenético de entusiasmo, como reliquia, una de las prodigiosas dragonas, y él mismo reconoce que quedó en una facha bastante ridícula, con el uniforme todo sucio, la corbata deshecha, manco de las charreteras, y hasta cojeando, porque de tanto llevarle en volandas, él lo asegura, *com tantas caricias soffrí mais tormentos que qualquier martyr da inquisiçao...* Pero ¡qué importaba! La República era ya una realidad. Nadie disparó un tiro más por el antiguo régimen. El comisario de Marina vencedor destituyó allí mismo al general vencido

y... para dar mayor solemnidad al triunfo de la República, ésta era proclamada poco después en la Casa Municipal.

¿Y el Rey? ¡Ah, del Rey nos habíamos *esquecido*, lo habíamos abandonado! ¿Qué tiene ello de extraño si sus propios ministros procedían como si lo hubieran olvidado; si al avistarse desde las ventanas del Palacio la escuadra y barruntar el bombardeo, los mismos criados de la Casa Real—a excepción de cuatro—huyeron abandonándolo y dejándolo rodeado solamente de un reducido grupo de amigos lealísimos y de altos servidores? De él no supimos sino aquellos dos concisos diálogos telefónicos con el primer ministro. Las personas que permanecieron a su lado en la interminable noche y las que lo acompañaron luego hasta su embarque recaban noblemente para ellas la responsabilidad de los consejos que salvaguardaron la vida del Rey contra sus propias iniciativas, inspiradas en el propósito de ofrendar la existencia en aras del deber. No habrá quien les vitupere por consejos que eran obligados; ningún espíritu recto dejará de compenetrarse con la lealtad que respira la generosa actitud de servir de escudo a la adversidad.

Según esas referencias, que, por otra parte, no son susceptibles de contradicción fundada, puesto que apenas nadie más vió al Monarca (1), éste, desde que llegó a Palacio, en las últimas horas de la noche del 3, declaró que no se acostaba; y para entretener el tiempo orga-

---

(1) El Ministro de España, Marqués de Villalobar, fué una de las pocas otras personas a que aludo.

nizó con sus ayudantes y secretarios una partida de *bridge*. Al sonar los primeros cañonazos en el Tajo, el Rey se precipitó al teléfono. Entonces fué cuando, según recordaréis, le tranquilizó el Sr. Teixeira de Sousa. Siete horas después, en plena mañana del 4, volvió el Presidente a telefonar al Monarca para darle el consejo de que a toda prisa saliera de allí. D. Manuel se dirigió a sus acompañantes, diciéndoles:—Váyanse ustedes si quieren; yo me quedo. Puesto que la Constitución no me marca otro papel que dejarme matar, lo cumpliré—.

*Y sereno, un poco triste, pero siempre bien dispuesto,* continuó dentro del Palacio hasta que las granadas, causando estragos en el edificio, hicieron forzosa la retirada a la Tapada o jardín posterior. Aun allí intentó permanecer; pero al Sr. Teixeira de Sousa le urgía que el Rey se marchase, y desde el tristemente célebre Cuartel General casi ordenó categóricamente la salida: la presencia de D. Manuel en las Necesidades inmovilizaba fuerzas que eran necesarias. Se reunió un consejo de palatinos en el jardín mismo; el jefe de parada declinó en ellos toda responsabilidad por el estado de demoralización de las tropas, y ante aislamiento, ante preterición tal, aquella desdeñada juventud de veinte años, con cuya cooperación no contó nadie, invadida por la amargura de la resignación más que por el impulso ciego y en ocasiones salvador de las arriesgadas resoluciones, entró en un automóvil, y sin escolta se marchó... Todavía una granada estuvo a punto de alcanzarle.

Luego (ya lo sabéis; es lo más popularizado de la Revolución); Mafra, y después de Mafra, el embarque en la Ericeira... el yate *Doña Amelia*... Gibraltar... el destierro. Y en todas estas etapas de la odisea, ¡cuántas oleadas en el corazón! ¡Cuánto íntimo batallar, de fijo,

entre el escarabajeo bullicioso de la sangre moza, la tradicional lusitana conformidad con el hado, el hábito del acatamiento al juicio ajeno, la inseguridad en el propio, la ilusión perdida, el descanso soñado, la decepción, la ira, el desencanto y la esperanza!

Cuando en rumbo cruel hacia la emigración un navío extranjero, en el que no ondearía ya la bandera azul y blanca de sus mayores, le condujo costa portuguesa arriba, por delante de la erguida silueta del que las *guías* llaman, con justicia, *o alteroso e bem plantado castillo da Pena*, cuentan que, clavados los ojos en aquel relicario de sus *saudades*, estuvo largo rato silencioso, reconcentrado, conmovido. ¡Cuántas fueran sus culpas en la ya para él inaccesible tierra patria debieron quedar canceladas, absueltas, en aquel mudo examen de conciencia, en alta mar, de frente al ostracismo, con la inmensidad por confesonario, Dios por único juez y la Historia como única penitencia! ¿Se sintió satisfecho de sí mismo? ¿No oyó, en las lejanías de la abrupta Península, eco alguno que le recordase la voz de la sultana Aixa, acusando severa a su hijo desde el legendario miradero de las estribaciones granadinas? Sólo Dios y él lo saben. Líbreme Aquél de caer en la tentación de juzgar del deber de nadie. Yo no me ofrecí a vosotros como magistrado, sino como escribano; me extralimitaría de mi oficio si trocase el apuntamiento en sentencia.

Y ahora ¿qué? ¿Comentarios? ¿Deducciones? ¿Moralejas?... ¿A qué negároslo? Cediendo a la consuetudinaria coquetería que, a todos cuantos nos dirigimos al pú-

blico, aconseja reservar para el final lo más vistoso y rutilante de su pirotecnia, tenía esbozado un colofón, del género de los brillantes—brillantes de boro como míos—para broche y cierre de esta serie de conferencias.

Nada faltaba en él, con el intento de satisfacer á los devotos del género pintoresco... Las ideas de progreso, vivificadoras y fecundas a condición de que vivan en el seno de la sociedad, embalsadas cual en un pantano, y éste las distribuya dosificadas por sus compuertas colmando los canalillos repartidores de la linfa benéfica; el resistente muro de contención; el despierto celo de sus vigilantes; la necesidad de acudir prestamente a cualquier filtración por inofensiva que parezca; la gotera imperceptible, que se trueca en arroyo fertilizador del próximo terruño, cuyo labrador no ve en ello sino la felicidad de que el secano se le transforme abusivamente en regadío, y no el peligro de que por el mismo boquete por donde le advino la riqueza rompa la inundación; la mancha de humedad engañadora que, alimentando líquenes y musgos y jaramagos, deslumbra la vista con sinfonía de matices de distintos verdes y engalana el muro a modo de jubilosa colgadura... y luego... luego... el agua minadora, que prosigue cautelosa su labor; el vaso colosal que se agrieta; los primeros bloques que se derrumban; el ¡quién pensara! de los encubridores del desgaste; y, al fin, el segundo nefasto en que el telón multicolor se descorre con estrépito de catástrofe, y abriendo el paso a la rugiente oleada, vuelca sobre la comarca entera, dormida hasta entonces, de puro confiada, en las feraces inmediaciones del pantano, la desolación, el duelo, el desastre...

Pero no; repito que no quiero interponer mi juicio entre el relato y vuestra impresión. Sea ella sólo la que os

mueva a reflexiones que, puesto que son vuestras, ya las reputo en mejor candidatura de acierto que las mías. Ni un comentario, pues; pero una excitación sí; porque si, después de lo que aprendí estudiando la Revolución de Portugal, la omitiese creería incurrir en claudicación cobarde del cumplimiento de mi obligación:

—Monárquicos españoles, de cualquier filiación y cualesquiera calidades que seáis ¡velad por el Rey!

Carácter marcadamente histórico de estas conferencias.—Granurable desatención recurrente entre España y Portugal, a los sucesos de la vida nacional de estos pueblos.—Neurotenia colectiva portuguesa.—Relato de D. Carlos.—Juan Pardo.—El regicidio . . . . . 4

### SEGUNDA CONFERENCIA

Relato de Don Manuel II.—Algo sobre responsabilidades.—Sede ministerial en los años.—Atenuación de los partidos monárquicos.—La Cámara y los trabajos revolucionarios.—Os con dia jueves . . . . . 41

### TERCERA CONFERENCIA

Trabalho de Sousa se lava los manos.—El dilema entre el Gobierno.—Indiferencia de los partidos republicanos.—Intento agudo de las derechas.—La Revolución en caso de guerra.—Pasividad del Gobierno.—El Manifiesto, abandonado.—Proclamación de la República.—Ni un comentario.—¡Velad por el Rey! . . . . . 49





# ÍNDICE

---

## PRIMERA CONFERENCIA

- Carácter meramente histórico de estas conferencias.—Censurable desatención recíproca, entre España y Portugal, a los sucesos de la vida nacional de ambos pueblos.—Neuras-  
tenia colectiva portuguesa.—Reinado de D. Carlos I.—Juan  
Franco.— El regicidio . . . . . 9

## SEGUNDA CONFERENCIA

- Reinado de Don Manuel II.—Algo sobre responsabilidades.—  
Seis ministerios en tres años.—Atomización de los parti-  
dos monárquicos.—La Carbonaria y los trabajos revolu-  
cionarios.— *Os cem dias funestos*.. . . ., . . . . . 41

## TERCERA CONFERENCIA

- Teixeira de Sousa se lava las manos.—El *bloco* contra el Go-  
bierno.—Ineficacia de los alardes izquierdistas.—Descon-  
tento agudo de las derechas.—La Revolución en canto lla-  
no.—Pasividad del Gobierno.—D. Manuel, abandonado.—  
Proclamación de la República.—Ni un comentario.—¡Velad  
por el Rey! . . . . . 69

# INDICE

## PRIMERA CONFERENCIA

Carácter meramente histórico de estas conferencias.—Carácter de atención teórica, entre España y Portugal, a los sucesos de la vida nacional de ambos pueblos.—Nueva tesis colectiva portuguesa.—Reinado de D. Carlos I.—Juan Franco.—El suicidio.....	1
--	---

## SEGUNDA CONFERENCIA

Reinado de Don Manuel II.—Algo sobre responsabilidades.—Seis ministerios en tres años.—Administración de los partidos monárquicos.—La Carbonaria y los trabajos revolucionarios.—Oz con diez funtales.....	43
--	----

## TERCERA CONFERENCIA

Tercera de Sousa sa Java las manos.—El Alcega contra el Gobierno.—Influencia de los alarbes insubordinados.—Descomulgación de las banderas.—La Revolución en caso de la actividad del Gobierno.—D. Manuel abandonado.—El reclutamiento de la República.—Ni un comentario.—Valed por el Rey.....	119
---	-----



**Caños, 1.      Teléf.º 4430.**



Carlos I. Tel. 4130.



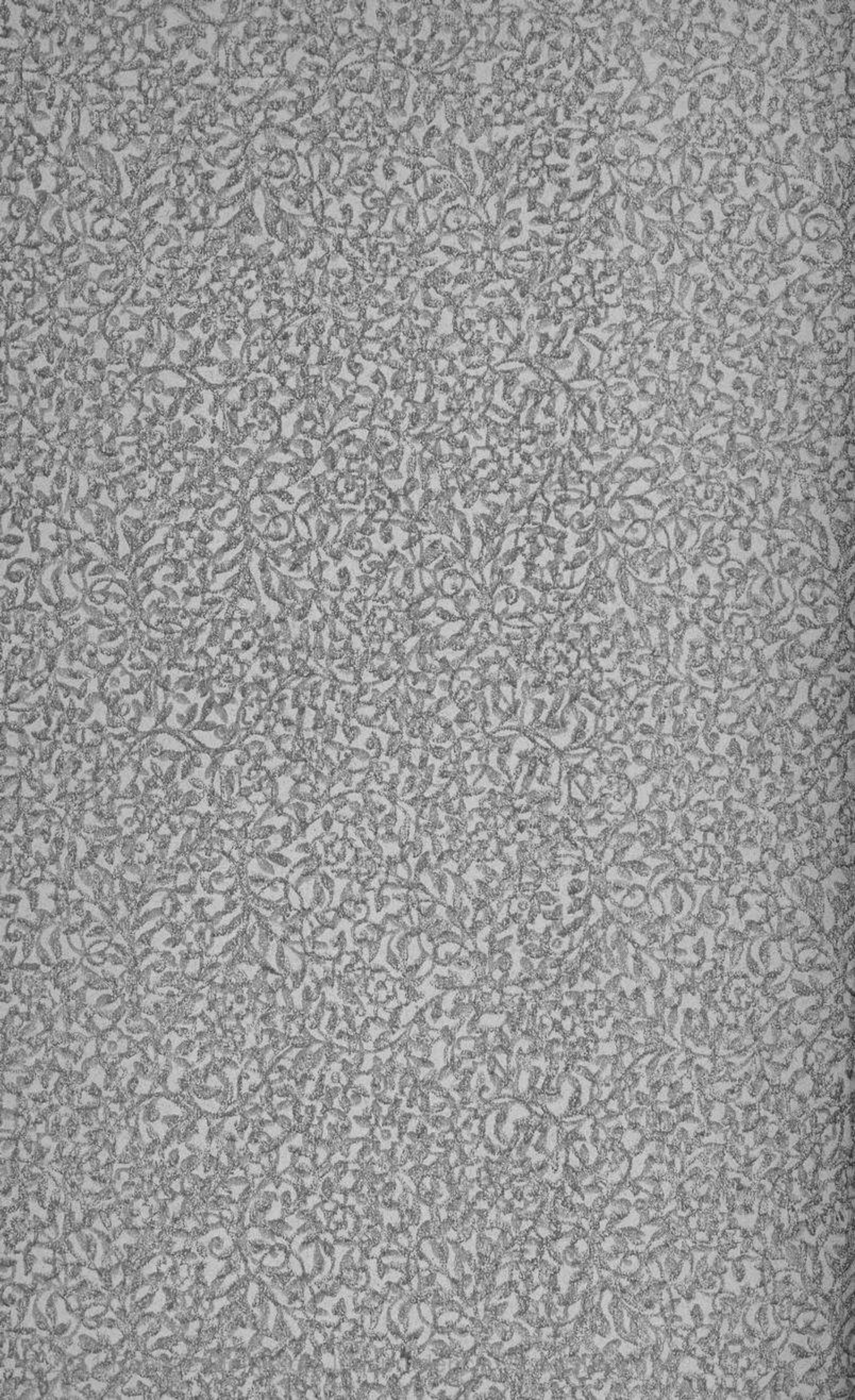


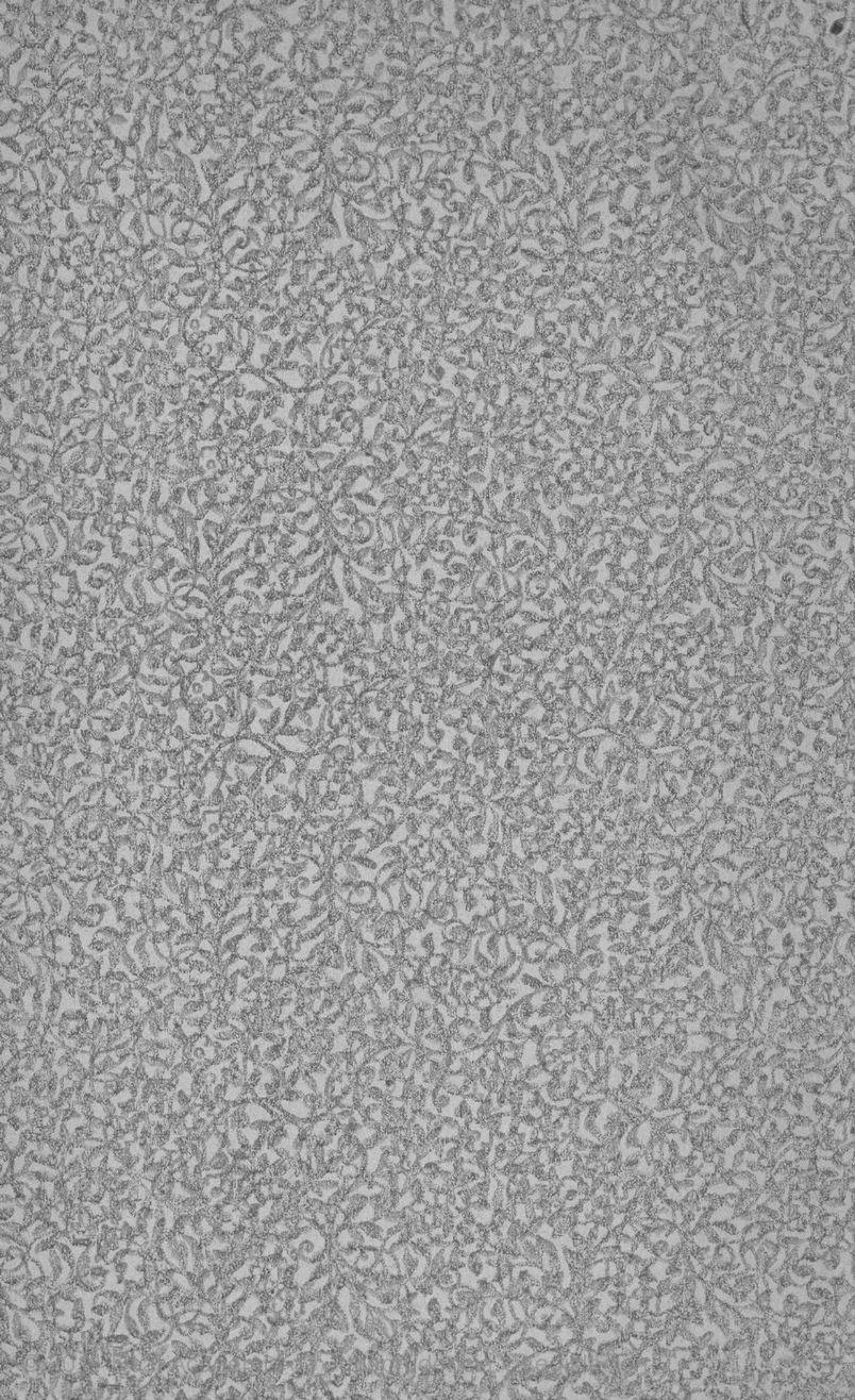












1/2

LLANOS

—

REVOLUCION

DE

PORTUGAL.

2566